

UN DESTINO UNA HISTORIA

GUÍA DE CAMAGÜEY

MELIÀ HOTELS
INTERNATIONAL
CUBA

ÍNDICE

01

02

03

04

05

06

07

08

09

10

11

12

* Elaborados por Carlos Venegas, uno de los más reconocidos y prestigiosos investigadores cubanos en temas de arquitectura.

** Extraído del capítulo “*Del Camagüey: leyenda e historia*” del Dossier de Cultura Camagüeyana elaborado por Héctor Juárez Figueredo

01

1492: DESCUBRIMIENTO DE CUBA Y DEL TABACO



Las costas camagüeyanas han sido parte fundamental de una de las polémicas de más larga data en la historia de Cuba: la del sitio donde el almirante Cristóbal Colón llegó a la Isla aquel lejano octubre de 1492, luego de abandonar la isla que bautizó como San Salvador (llamada por los indios Guanahani, en el archipiélago de la Bahamas) en busca de la costa norte del oriente de Cuba. Se sabe por su diario que el Almirante llegó a un privilegiado puerto que llamó del Príncipe, frente a la mar de Nuestra Señora, donde días después clavó una cruz de madera en la entrada en honor del Príncipe, sin que sepamos hoy de que príncipe se trataba, si del propio Fernando, a quien en ocasiones se

junto a descripciones sobre la exuberante flora y fauna del lugar, los protagonistas de aquella aventura dieron cuenta de un hallazgo que cambiaría a la humanidad.

Después de avistar Colón por primera vez la cayería norte de Cuba el 27 de octubre, la expedición formada por la Pinta, la Niña y la Santa María bojeó durante varios días las costas cubanas, entrando en contacto por primera vez con los siboneyes que poblaban la zona. El 1 de noviembre, la escuadrilla tocó tierra en un lugar impreciso y el Almirante quiso aprovechar la buena disposición de los indios para renovar su despensa y al propio tiempo adquirir informes sobre el país.

dirigió de ese modo en su diario de viaje, o bien de su hijo.

Aunque los estudios históricos más actuales dan la distinción del descubrimiento al actual territorio holguinero, no deja de ser atractiva la hipótesis de historiadores locales que consideran que tal acontecimiento ocurrió en la desembocadura del río Máximo, cerca de la bahía de Nuevitas, en la actual provincia de Camagüey.

Las primeras referencias relativas a la región se encuentran en las crónicas del descubrimiento y la conquista donde,

Colón creía que se encontraba en Cipango y que, por tanto, se hallaba muy cerca de Asia, donde, bajo el reinado del Gran Jhan, encontraría minas de oro y plantas de canela, de pimienta y de otras especias. Por ello, cuando el 2 de noviembre escogió a dos de sus hombres, el ayamontino Rodrigo de Xerez y el judío converso Luis de Toledo, para que se adentrasen en el territorio e indagasen sobre lo que allí sucedía, les encargó, como principal misión, entregar al emperador de los chinos las cartas de presentación de los Reyes Católicos.

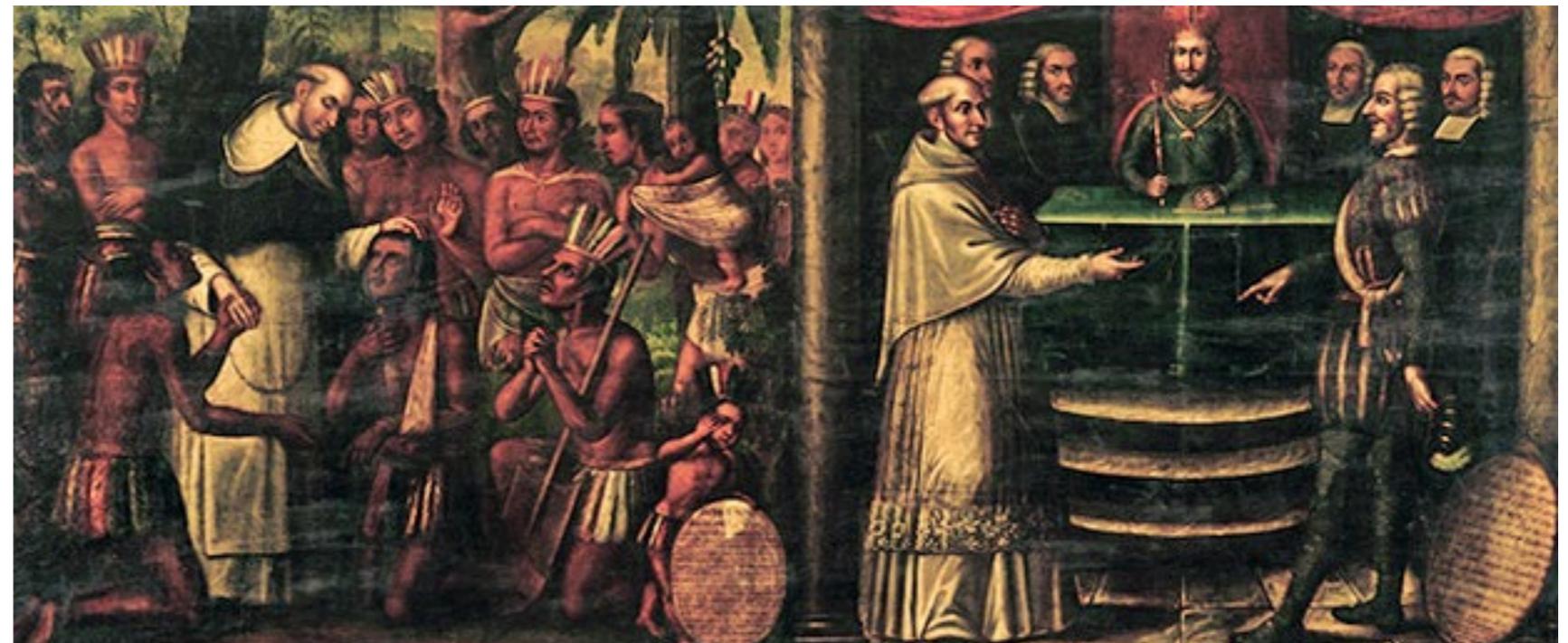
Xerez y Luís de Toledo, que como buen judío entendía algo de hebraico, y también caldeo y arábigo, fueron acompañados de varios indios que habían acudido a las naves la noche anterior. Desde luego, Xerez y Toledo no encontraron allí el reino de Catai sino el modesto cacicazgo



de Maniabon, y decepcionados por el fracaso de su empresa, a su regreso, el 5 de noviembre, ambos contaron a Colón lo que habían visto en la isla durante los tres días de su recorrido.

“Hallaron los dos cristianos [anotó el almirante en su diario] por el camino mucha gente que atravesaba sus pueblos, mugeres y hombres, con un tizón en la mano, y yerbas para tomar sus sahumeros que acostumbra van”.

Esta primera referencia al tabaco fue mejorada luego por fray Bartolomé de las Casas, quien, en su Historia de la Indias, escribió: “Son unas yerbas secas metidas en una cierta hoja, seca también, a manera de mosquito hecho de papel, de los que hacen los muchachos la pascua del



Espíritu Santo, y encendida por la una parte del, por la otra chupan, o sorben, o reciben con el resuello para dentro aquel humo, con el cual se adormecen las carnes y cuasi emborracha, y así diz que no sienten el cansancio. Estos mosquetes, o como los llamáremos, llaman ellos tabacos”.

Rodrigo de Xerez volvió años después a su tierra natal de Ayamonte. Al conocerse su extrañísimo hábito de echar humo por la boca y nariz, que lo asemejaban, en la España feudal de aquellos tiempos, a un ente diabólico, fue condenado por la Santa Inquisición a varios años de cárcel. Pero el mal ya estaba hecho. La cohoba, nombre que daban los indígenas al rollo de tabaco torcido, se difundió por Occidente con magia similar a la de su origen.

02

LA PRIMERA CRUZ Y LA PRIMERA MATANZA

El 18 de noviembre de 1492, después de calafatear las naves y de proveerse de leña y agua, el Almirante mandó al carpintero de la Santa María construir una gran cruz con dos maderos hallados en el mar y decidió plantarla en un lugar bien vistoso, que algunos historiadores sitúan en la Punta del Guincho, en la bahía de Nuevitas, en la actual provincia de Camagüey.

Tal vez el adelantado Diego Velázquez, uno de los muchos hombres que acompañaron a Colón en su segundo viaje, quiso rescatar, ya pasados veinte años, la memoria del célebre marino y de su nave capitana al bautizar la bahía y la villa con el nombre, tan cargado de presencias sagradas y monárquicas, de Santa María del Puerto del Príncipe. Sus primeros vecinos aseguraban atesorar entre sus reliquias la cruz clavada en aquella primera travesía exploratoria del Almirante, aunque lo cierto es que los biógrafos colombinos más recientes indican que durante su primer viaje Colón no pasó de las costas del territorio del actual Holguín.

Fuera el actual territorio de Holguín o de Camagüey, lo cierto es que antes de partir hacia La Española y pese al buen recibimiento disfrutado, los hombres de Colón capturaron a varios indios adultos y tres niños y los envió a la Niña con intención de llevarlos a Castilla y mostrarlos a los Reyes, en unión de las demás curiosidades recogidas en el lugar recién descubierto, entre ellas el maíz, el tabaco, algunas hamacas de algodón, cazuelas de barro y otros objetos siboneyes.



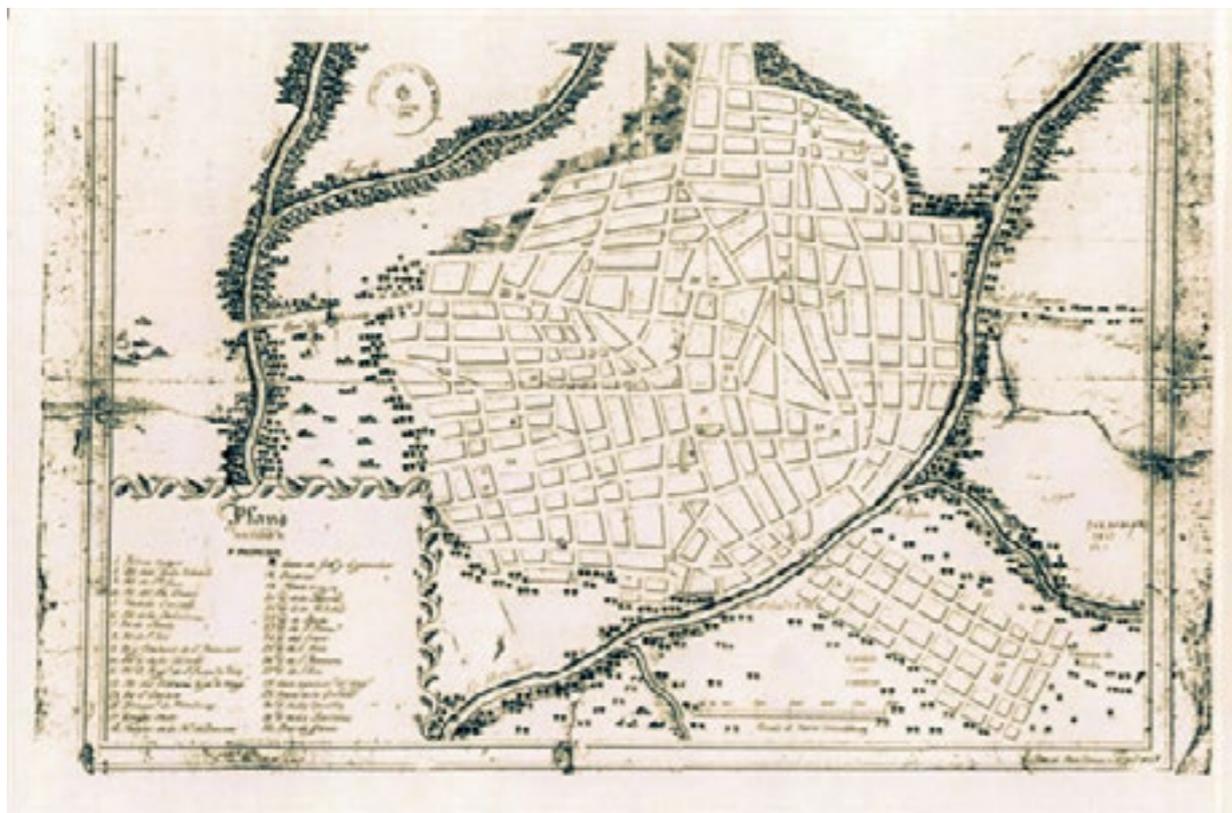
Años después, hacia 1510, se inició el proceso de conquista de la isla de Cuba por el Adelantado Diego de Velázquez, y el territorio camagüeyano ocupó un lugar destacado en la historia por motivos tristemente célebres. Vencida la resistencia indígena en el oriente de Cuba y quemado el cacique indio rebelde [Hatuey](#) en la hoguera, los hombres de Velázquez, encabezados por Pánfilo de Narváez y con Fray Bartolomé de Las Casas en la expedición, avanzaron en 1513 hacia occidente y visitaron por el camino los cacicazgos de Guaímaro, Sibanicú y Camagüey, y en todos ellos fueron servidos y alimentados con la mejor voluntad por parte de los indígenas.

Cuenta De las casas en su “Brevisima relación de la destrucción de las Indias” que, al llegar a un gran pueblo cerca de Caonao les salieron a recibir los indígenas con “mantenimientos y regalos...”, y llegados allá, nos dieron gran cantidad de pescado y pan y comida con todo lo que más pidieron; súbitamente se les revisió el diablo a los cristianos e meten cuchillo en mi presencia (sin motivo ni causa que tuviesen) más de tres mil ánimas que estaban sentados delante de nosotros, hombres y mujeres e niños. Allí vide tan grandes crueldades que nunca los vivos tal vieron ni pensaron ver”. El sacerdote escribiría horrorizado de tal episodio contra aquellos pacíficos siboneyes que tenían “un habla la más dulce del mundo y mansa, y siempre con risa”: Iba “el arroyo de sangre, como si hubieran muerto muchas vacas”.

En la llamada Cueva de los Generales, en la cercana Sierra de Cubitas, llena de vericuetos y oquedades, aquellos primitivos siboneyes -que por primera veían hombres a caballo- dejaron un testimonio pictográfico lleno de ingenuidad conmovedora: un arrogante castellano aparece subido en su montura, en la que las patas de los caballos se confunden con las del hombre, con una espada en la diestra y tocado con un yelmo rematado en una cruz, símbolo de lo que sería la conquista.

03

TRES DESTINOS EN 14 AÑOS



La fecha de fundación de Santa María del Puerto del Príncipe es fuente de controversias científicas. La fecha tradicional dada por los historiadores locales es la del 2 de febrero de 1514, cuando, según la leyenda, entorno a la misma cruz que dejó plantada Colón en 1492 el teniente de guerra enviado por Velázquez, Diego de Ovando, al mando de 15 castellanos montados a caballo y sus indios auxiliares, fundaron la villa en una árida lengüeta de tierra en la actual bahía de Nuevitas.

población del centro de la Isla, vivió en sus inicios una vida itinerante, que la llevó en 14 años a dos lugares distintos después de su localización original en Punta de Guincho, en la bahía de Nuevitas. La decisión de cambiar su emplazamiento primitivo y de trasladarse a las orillas del río Caonao -en el cacicazgo del mismo nombre y recordado por la famosa matanza- se debió a que el lugar carecía de agua y pastos para el ganado, aparte de que la tierra, de naturaleza caliza y muy estéril, no reunía condiciones para la labranza.

Sin embargo, hoy la mayoría de los estudios coinciden en que tal fecha no es exacta, pues cuando Fray Bartolome de las Casas sale de Cuba, a mediados de 1515, después de pronunciar su famoso [discurso del arrepentimiento](#) en la recién fundada villa de Sancti Spíritus, el sacerdote desconocía el establecimiento de Puerto Príncipe, por lo que debió ser en ausencia del defensor de los indios -probablemente antes o al unísono con el establecimiento de Santiago de Cuba- que se llevó a cabo la fundación de la sexta de las primitivas villas cubanas.

La villa, que más tarde se convertiría en la principal

Por ello Diego de Ovando, después consultar a los escasos principeños de la villa, emprendió su traslado hacia el interior. Según un antiguo manuscrito, en el momento de su llegada a Caonao, a finales de marzo de 1516, los habitantes era tan solo 15 varones casados, con sus esposas e hijos, además de otras personas de paso, hasta alcanzar la cantidad de 97 castellanos, que desalojaron a los siboneyes de sus mejores bohíos y estancias, donde se establecieron cómodamente.

Ovando repartió las primeras encomiendas de indios, pero fueron tales los abusos de los cristianos y sus gobernadores que allá por el año 1528 ocurrió una gran sublevación en la hacienda Saramaguacán -que en lengua siboney significa "gran corriente de agua"-, a la que presto acudió a sofocar el gobernador Diego de Ovando, encontrando la hacienda quemada y siete encomenderos muertos, y todo destrozado.

Como el número de indios superaba al de los españoles, Ovando se vio obligado a buscar refugio en los territorios del cacique amigo Camagüebax, vasallo del conquistador Vasco Porcallo de Figueroa, estableciéndose en tierras situadas en el centro de la provincia, equidistantes de ambas costas, entre los ríos Tínima y Hatibonico. Allí encontró asiento definitivo la ciudad -que adoptó un trazado muy irregular, un caso excepcional entre las primeras villas cubanas-, que desde el 9 de junio de 1903 conocemos por el nombre indio de Camagüey y no del inicial de Puerto Príncipe.

04

LA PIRATERÍA Y EL PRIMER POEMA CUBANO



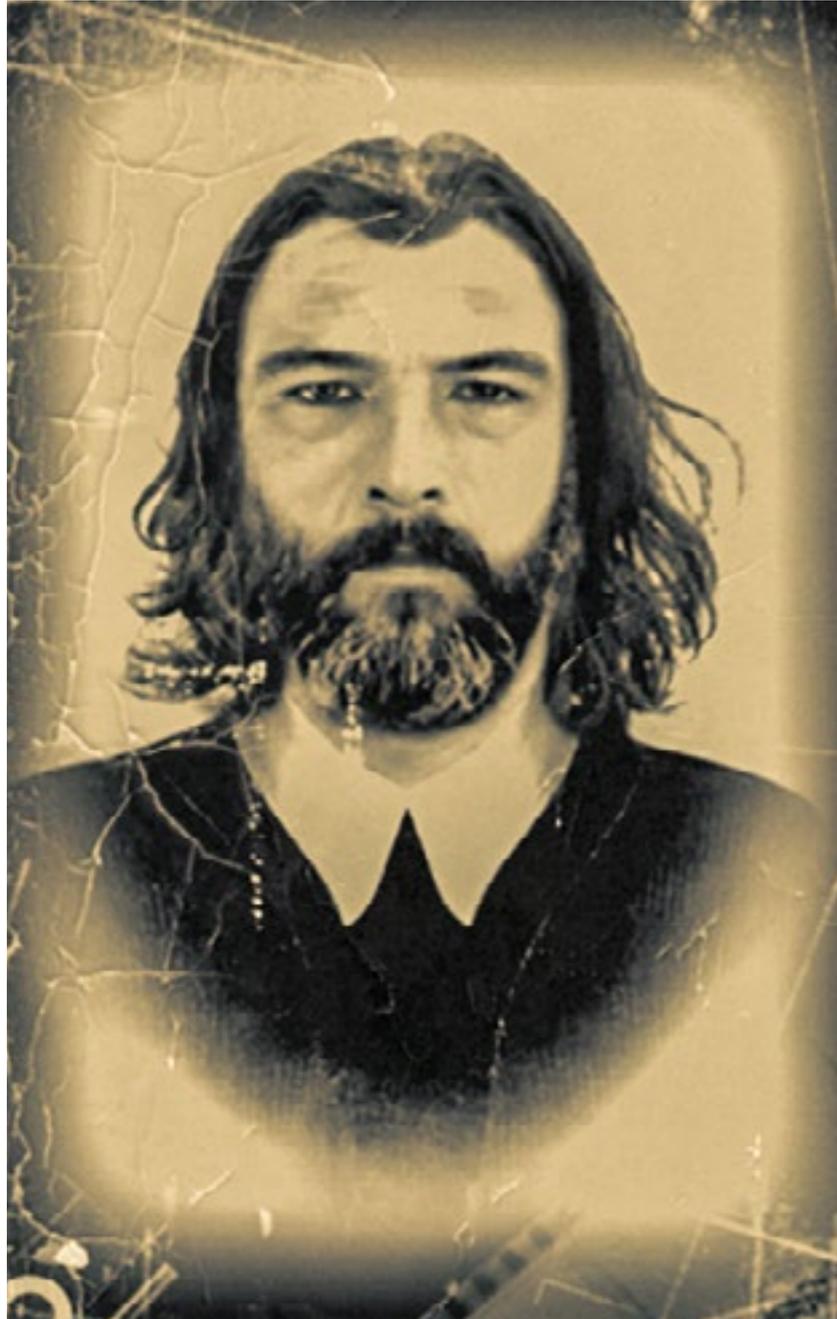
En las feraces planicies camagüeyanas se multiplicaron los ganados cuyos cueros y carnes saladas fueron la principal fuente de comercio de la región, así como otras mercancías como quesos, sebos y maderas preciosas. La ciudad fue creciendo, tanto en número de personas como en cantidad y calidad de las construcciones, y ya para 1778 era la segunda ciudad de Cuba con 16.514 habitantes (más que Santiago de Cuba), 50 ingenios azúcareros, 108 hatos, 43 corrales, 13 potreros 276 sitios y 170 estancias, aunque con el desarrollo y la riqueza llegó la lacra de la piratería.

Ya "el 2 de julio de 1555 tres barcos piratas al mando del francés **Jáques de Sorés** asaltaron la hacienda Cubanga, lugar conocido hoy como Santa Gertrudis y robaron allí cuanto había, obligando a los moradores a cargar agua y leña para los buques, salar el ganado que se les antojó y terminado el despojo pasaron a cuchillo a los blancos, pusieron en barra a los esclavos [ya España había empezado a importar esclavos negros de África para sustituir a la aniquilada población indígena] y se llevaron a las mujeres blancas, que después de maltratadas e injuriadas cobardemente, las abandonaron en Cayo Coco", cuenta en su delicioso libro 'Apuntes de Camagüey', el

historiador Jorge Juárez y Cano. Fue el primer acto de piratería de que se tienen noticias en Camagüey

Como De Sorés , otros filibusteros siguieron atacando a su conveniencia la rica ciudad del centro de la isla, y para enfrentarlos los principeños pidieron al Gobernador General de Cuba armas y municiones para su defensa, las cuales les fueron suministradas, pero también cobradas.





Fue precisamente un hecho de piratería el que dio origen al primer poema cubano, escrito por el natural de Gran Canaria y vecino de Puerto Príncipe, [Silvestre de Balboa](#), quien en Espejo de paciencia (1608) relató el secuestro del Obispo de Cuba Juan de las Cabezas y Altamirano, en 1604, en el puerto de Manzanillo, por el corsario francés Gilberto Girón, con el objetivo de pedir por él un rico rescate. Balboa hizo acompañar su obra por seis sonetos laudatorios escritos por otros tantos vecinos de la villa, y en ella se cuenta la aventura del secuestro del Obispo y los avatares de su liberación por los aguerridos lugareños, que al final, según relato que merece la pena recordar, le cortaron la cabeza al pirata:

*Andaba Don Gilberto ya cansado,
Y ofendido de un negro con vergüenza,
Que las más veces vemos que un pecado
Al hombre trae a lo que nunca piensa;
Y viéndolo el buen negro desmayado
Sin que perdiese punto en su defensa
Hízose afuera y le apuntó derecho
Metiéndole la lanza por el pecho
Más no la hubo sacado, cuando al punto
El alma se salió por esta herida,
dejando el cuerpo pálido y difunto,
Pagando las maldades que hizo en vida;
Luego uno de los nuestros que allí junto
Estaba con la mano prevenida,
Le cortó la cabeza y con tal gloria
A voces aclamaron la victoria*



05

LA VILLA Y SU REGIÓN

La villa fundada por Velázquez en la Punta del Guincho de la bahía de Nuevitas no estuvo planeada, como deseaba Las Casas, como centro para recoger y reeducar los indios de los numerosos cayos que rodeaban la región, tanto en la costa del sur como en la del norte, donde muchos se refugiaban huyendo de los conquistadores, sino como un puerto para instalar un astillero. El descubrimiento de una sustancia que flotaba en la costa norte de la Isla, llamada chapapote, voz indígena, y de la cual la bahía contaba con una fuente natural, hizo pensar en la fabricación y reparación allí de embarcaciones, una de las necesidades más apremiantes para la marcha de la colonización. Este tipo de asfalto no era otra cosa que un hidrocarburo fósil, derivado del petróleo, que podía servir como sustituto del alquitrán para calafatear las naves y protegerla de los agresivos moluscos de los mares tropicales.

En 1517 residían allí un grupo de armadores y sus amigos, y el célebre piloto Antón de Alaminos, más tarde descubridor de la Corriente del Golfo, convenció a Francisco Hernández de Córdova para navegar en dirección hacia el oeste, siguiendo un rumbo preferido



por el Almirante Viejo, Colón, y ambos llegaron a Yucatán, entrando en contacto por vez primera con los tesoros de las grandes civilizaciones americanas.

La rápida desaparición de los indios antillanos y la colonización de las tierras continentales disminuyeron la población de Cuba hasta dejarla casi desierta, con sus llanuras donde velozmente se multiplicaban los ganados traídos de España. Los escasos españoles que moraban en las villas cubanas debieron enfrentar las revueltas de los

indígenas sobrevivientes y los esclavos africanos, alentados por la disminución de sus opresores. En medio de este contexto, los indios de los cayos salieron de sus islas para asaltar y quemar Puerto Príncipe en 1528, un hecho que decidió a sus vecinos a buscar un sitio interior más protegido y cercano a sus haciendas rurales, entre los ríos Tínima y Hatibonico, a medio camino entre ambas costas. Hacia allí se trasladaron y clavaron su cruz en el punto medio de ambas corrientes, no muy lejos se delineó la plaza y la iglesia.

La interiorización de la población, un proceso que se llevó también a cabo en Sancti Spíritus y Bayamo, y el comercio

de caballos y ganados con México, terminó por hacer de estos pueblos lo más prósperos y seguros del interior de Cuba, en momentos en que las agresiones de corsarios comenzaban a asolar el mar Caribe. En 1534 sus pocos vecinos no llegaban a veinte, y estaban unidos con sus propias esclavas indias, o con hijas mestizas de españoles, viviendo en santa paz, pero sin casarse, criando sus caballos y mulas. La visita pastoral de 1544 enumera 235 indios encomendados, poco antes de ser abolida las encomiendas, y 160 esclavos africanos repartidos entre

sus catorce vecinos españoles, uno de ellos, Vasco Porcallo de Figueroa, uno de los más crueles capitanes de la conquista de Cuba, y también de más linaje, descendiente de la casa de Feria, establecido en Puerto Príncipe había participado en la conquista de La Florida con Hernando de Soto, abasteciéndolo de caballos, hombres y provisiones, y ya envejecido, donaba dinero para construir piadosamente la iglesia de piedra. Con una descendencia de varios hijos e hijas mestizos sus apellidos castellanos pasaban a diluirse entre numerosas familias criollas.



Situada en una extensa y llana región, muy favorable para la cría de ganado vacuno, y alejada de la trayectoria del monopolio comercial, pero muy activa en las rutas secretas del contrabando a través de sus desembarcaderos, Santa María del Puerto Príncipe comerciaba legalmente con La Florida, la Habana y Cartagena de Indias, donde colocaba sus cueros de vacas, carnes saladas, grasas.

En 1592 su ayuntamiento pedía un escudo de armas con dos palomas sobre fondo azul. En 1616 un incendio provocado por una sublevación de esclavos cimarrones, destruyó la población, y unos treinta años más tarde, sin pasar de 300 personas en el pueblo, entre blancos, indios, negros y mestizos, los dueños de haciendas poseían desde dos mil a seis mil cabezas de ganado vacuno herrado, y mucho más de ganado cimarrón.

La sociedad criolla descubrió entre estos diversos integrantes los protagonistas de su épica histórica, sus relatos ideales de acciones heroicas, donde los vecinos que en la vida diaria ejercían el comercio de rescate burlando el monopolio, se convierten en héroes cuando son atacados por piratas y filibusteros, a veces por motivados por venganzas comerciales, otras por la ambición que despertaba la prospera villa entre franceses e ingleses.

En el transcurso del siglo XVII ocurrieron diversos ataques piratas que, si bien no dieron lugar a obras poéticas como la de Silvestre de Balboa, sí a dramáticos relatos como los ataques de Henry Morgan en 1668, descrito por Esquemling en su célebre obra Piratas de América, y François Grammont en 1679, descrito en un informe de gobierno.



De ambos hechos se guardó la memoria en la villa y más de medio siglo más tarde el Obispo de Cuba recogía sus narraciones. El primero ocurrió cuando el temible pirata inglés destructor de la ciudad de Panamá, desembarcó por la ensenada de Santa María en la costa sur con 800 ingleses y franceses reunidos en Jamaica, y en plena semana santa atacó, saqueó y destruyó parcialmente a Puerto Príncipe. Fue el más notable de los numerosos ataques sufridos en la isla de Cuba durante el siglo XVII a causa del filibusterismo. Avisados los vecinos, esperaron valientemente a los piratas en una sabana armados solo con espadas y escudos, y realizaron la primera carga de caballería de su historia, pero fueron derrotados por los fusiles después de cuatro horas de intenso combate. Los piratas exigieron 500 reses saladas antes de retirarse de la población y se llevaron consigo un botín de cincuenta mil pesos en joyas y dinero, entre ellas, la legendaria reliquia de la Cruz de Colón.





Grammont asaltó y tomó la villa con 250 franceses del Petit Goabe haitiano, pero atemorizado ante la resistencia de una población que ya contaba con casi tres mil habitantes, abandonó la localidad rumbo a la costa llevando consigo a un grupo de mujeres como rehenes. La retirada fue sangrienta y dejó un saldo de un centenar de muertos entre ambas partes, pero al final, los vecinos lograron rescatar sus esposas.

Durante la primera mitad del siglo siguiente, Puerto Príncipe tuvo un notable crecimiento de su economía y población, con unas doce mil personas en su jurisdicción, ya no era una población que fuera fácilmente asaltada, habían crecido sus cuerpos de milicias en capacidad ofensiva. Continuaba

su prosperidad ganadera con unas 300 fincas de ganado y casi igual de labor, y desde 1712 había comenzado a producir azúcar hasta alcanzar unos 60 ingenios pequeños.

Mediado el siglo, estaba considerada como una villa rica, grande, sobresaliente en arquitectura y caudales, con mil y pico de casas, en su mayoría de tejas, una docena de casas de dos plantas, nueve iglesias y conventos, incluido un colegio jesuita, un hospital y su casa de cabildo, en fin, la mejor de Cuba después de la capital. Su producción agropecuaria era variada y equilibrada con ganados, azúcar, velas, almidón y casabe, tejidos de yarey, además de ladrillos y cerámica.

Pero era también una población inquieta, donde sus vecinos se disputaban el control del cabildo y llegaron a desafiar las medidas del centralismo de la nueva dinastía de los Borbones, al mismo tiempo que otras de la Isla como Bayamo, Trinidad y La Habana. En 1721 ocho vecinos implicados en disturbios municipales lo pagaron con sus vidas, y ocho años más tarde un grupo de sublevados pertenecientes a las mejores familias prendieron al gobernador de Santiago de Cuba y fueron deportados a España.

El viejo Puerto del Príncipe se había convertido para sus habitantes en el criollo y soberbio Camagüey, voz unida a la tierra, como el árbol de la camagua que le dio origen.

06

TRADICIÓN Y MODERNIDAD

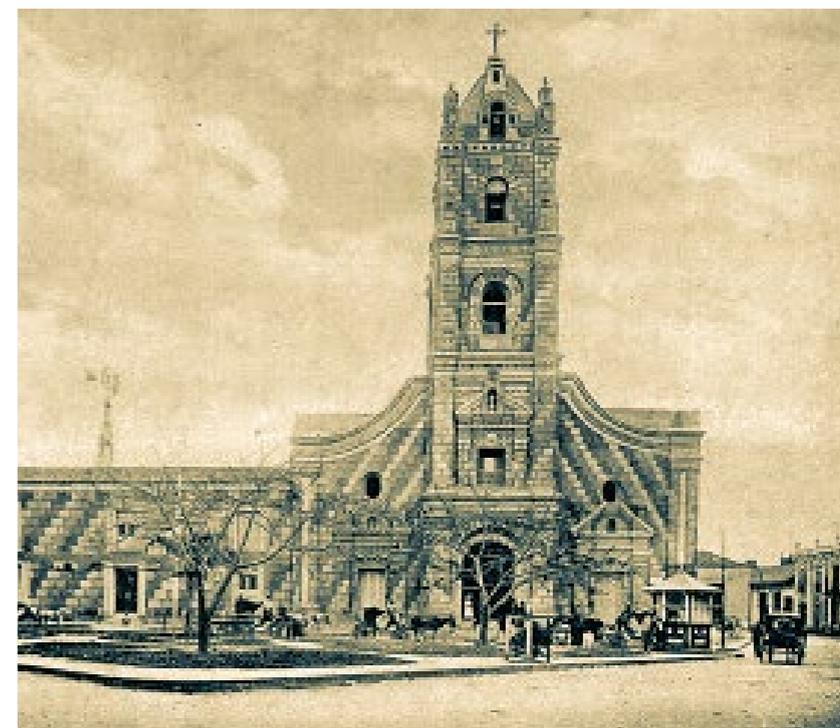


El camino de la plantación esclavista quedó abierto en la isla desde fines del siglo XVIII para aquellos puertos exportadores de azúcar y café, favorecidos por las reformas comerciales de la monarquía. Una población ganadera y mediterránea como Camagüey quedaba muy lejos de este modelo basado en la plantación esclavista, pues debía integrar su producción ganadera como una rama subalterna de los puertos vinculados al mercado mundial capitalista. No quiere decir esto que la ganadería no le reportara elevados ingresos, pero carecía de esas casas comerciales importadoras de esclavos que hacían más refinado y exclusivo el consumo de muebles, ropas, alimentos y también las costumbres urbanas asociadas.

La distribución de los bienes debía pasar por los puertos privilegiados antes de llegar doblemente encarecida a una ciudad que permanecía separada del ámbito azucarero, mientras, los hacendados esclavistas del occidente de Cuba convirtieron la ciudad en un mundo de otredades y de arcaísmo. Un sarcasmo popular rezaba: camagüeyano, come todo con la mano, para señalar que el uso de cubiertos era una excepción.

La revolución haitiana no había sembrado allí el miedo a las sublevaciones, pues no se dependía con la misma intensidad de la mano de obra esclava, los comerciantes españoles no dominaban el capital local que se mantenía entre las familias criollas, y esta relativa autonomía aparecía a los ojos de los habaneros como un comportamiento propio de una ciudad ganadera donde sus propietarios enterraban el dinero en arcas, o lo gastaban en juegos, enemigos de la movilidad de su inversión.

Por otra parte, la antigua Audiencia de Santo Domingo, la decana de América, se había refugiado en Camagüey con sus oidores y jueces, haciendo obligatorio el viaje a la ciudad para ventilar los juicios, y un conocido abogado habanero, Antonio Bachiller y Morales, asumía este viaje como un encuentro con el pasado. Sin apenas una que otra aldea en las llanuras que le rodeaban, el perfil urbano de Camagüey, con sus campanarios en la lejanía, al modo castellano,



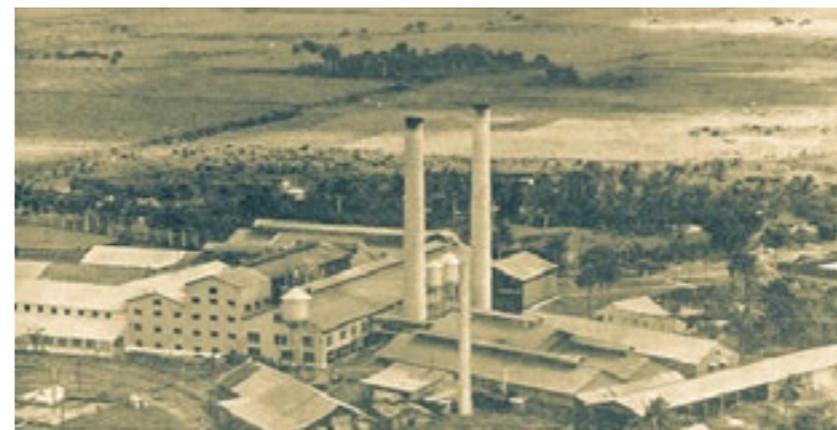
le habían ganado el apelativo de pueblo monástico y supersticioso, y las peculiaridades de su arquitectura le recordaban las viejas casas habaneras ya desaparecidas. Se echaba de menos la exhibición de los coches en los zaguanes, las alamedas y el paseo vespertino, el escaso comercio especializado y de lujo, disgustaba la antigüedad de las modas, el carnaval celebrado en las fiestas de San Juan, con violentas carreras de caballo y costumbres primitivas.

Pero los voceros locales, como [Gaspar Betancourt Cisneros](#), llamado El Lugareño, defendían su ciudad, víctima de un obligado atraso y una sobriedad impuesta por los desiguales privilegios comerciales del gobierno colonial que habían creado una frontera en la Isla, el occidente azucarero y el oriente marginado y dependiente. Muy lejos de manifestarse esta tendencia como una condición intelectual, o naturaleza incivilizada de los camagüeyanos, estos podían exhibir como logros de su cultura una de las primeras novelas cubanas, *La feria de la Caridad* en 183..., de José Ramón Betancourt, escrita en 1841, y la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda, una de las poetisas más famosas del siglo XIX en el idioma español.



El trasfondo más peligroso de esta diferencia regional era político y así lo reconocía el Capitán General José Gutiérrez de la Concha en 1851, cuando de manera profética vaticinaba que, en aquella tierra, donde no existían ingenios llenos de esclavos que frenaran los impulsos revolucionarios de los blancos, sus habitantes habituados a los duros trabajos ganaderos, buenos jinetes, si estallaba una guerra separatista darían lugar a una temible caballería. Dos décadas más tarde la profecía se hizo realidad y los camagüeyanos participaron en un largo período de dos guerras de independencia, llenas de desgaste y de acciones heroicas.

Como el Lugareño, figura principal de la rebeldía camagüeyana y cubana es la del prócer independentista [Ignacio Agramonte y Loynaz](#), cuya huella está por todos lados en la ciudad y da apellido a sus habitantes: agramontinos. Nacido el 23 de diciembre de 1841 en el número 5 la calle de la Soledad (allí sigue en pie su preciosa casa natal) en el seno de una familia criolla ilustre y rica, Agramonte sería conocido como "El Bayardo" y también como "El Mayor", pues llegó a ser uno de los líderes más sobresalientes de la Guerra de los Diez Años y Mayor General del Ejército Libertador cubano. Fue el organizador de la célebre caballería camagüeyana, al frente de la cual alcanzó grandes victorias contra las tropas colonialistas españolas, hasta caer en 1873 en los campos de batalla de Jimaguayú, tras haber participado en más de cien combates a lo largo de los tres años y medio de su vida militar.



Iniciado el siglo XX con la intervención americana y su avalancha de inversionistas extranjeros, el impacto de la modernidad sobre el desolado Camagüey no se hizo esperar, las tierras baratas y disponibles fueron abiertas al cultivo azucarero y al avance tecnológico surcadas por el ferrocarril central y su animador William Van Horne, presidente de la Canadian Pacific Railway. Camagüey se vinculó a la producción de azúcar mundial con 29 centrales, algunos colosales, colonos y latifundios, llegando a producir un millón de sacos de azúcar en 1923, la región más productiva del mundo en este cultivo, todo sin abandonar su anterior experiencia agropecuaria.

La ciudad experimentó un cambio extraordinario al convertirse en uno de los nudos ferrocarrileros más activos de la Isla, con tranvía y automóviles, acueducto, calles bien pavimentadas, hoteles, almacenes, nuevos barrios, y numerosos establecimientos comerciales. Sus habitantes disfrutando con pleno entusiasmo la modernización, removieron desde los cimientos el viejo legado constructivo, o bien lo enmascararon bajo nuevos símbolos ornamentales. Esta imagen de un fuerte núcleo urbano original, con características muy peculiares, y luego enriquecido y actualizado por las más diversas manifestaciones arquitectónicas, en sucesivas modernizaciones, es la que aún predomina en las 330 hectáreas de su centro histórico -80 manzanas son patrimonio mundial de la UNESCO-, el mayor del país, con unos diez mil edificios de los cuales cerca de cuatro mil poseen algún tipo de valor.

07

LA CIUDAD



Las siete primeras villas fundadas en Cuba por los españoles han sobrevivido en sus localizaciones regionales con una permanencia notable a pesar de la movilidad que provocaron los frecuentes abandonos, traslados y desapariciones propios de las ciudades americanas en los primeros tiempos de su existencia colonial.

Entre ellas la ciudad de Camagüey despierta un interés extraordinario por la irregularidad de su trazado, un carácter que comparte con otras villas interiores o mediterráneas como Bayamo y Sancti Spíritus, y le han ganado los adjetivos de laberíntico y medieval, que nada explican. Su plan fundacional fue generado de forma gradual y espontánea,

en las condiciones de despoblación de la Isla en las primeras décadas del siglo, al producirse los nuevos descubrimientos continentales, y mantuvo a duras penas un núcleo inicial o espacio abierto y ordenado, la plaza mayor, con su iglesia, desde el cual partían dos o más calles reales o principales que se dirigían en progresión lineal hacia localizaciones de interés para la población, bien fuera las haciendas, los embarcaderos marítimos, los ríos, puentes, o las salidas hacia otras poblaciones...pero en su caso, este espacio central que aún denota una forma rectangular proporcionada, contrasta con el resto del trazado que parte de ella y se extiende en forma multidireccional, generando una extensa trama de manzanas y calles que no siguen un orden geométrico regular.

La ausencia de este orden en Camagüey se puede explicar a causa de la debilidad del control del cabildo o de su lejanía de las gobernaciones de La Habana y Santiago, que permitía a los vecinos actuar con más independencia formando manzanas irregulares, multiplicando esquinas, ensanches y encuentros de calles, plazuelas, para facilitar sus necesidades de comunicación, situar sus casas y templos en posición más destacada, o bien abrir desvíos para escapar rápido de las persecuciones en los asaltos de piratas.

De esta forma se creó un entramado de calles singular, pues las poblaciones cubanas contaban desde el siglo XVI con una reglamentación municipal generada en La Habana, las

Ordenanzas del Oidor Cáceres, que no implicaba las estrictas medidas de las llamadas Ordenanzas de Indias de la metrópoli, sino que planteaban una alternativa más simple, consistente solo en recomendar la dirección del crecimiento lineal de las calles y parcelas en forma ordenada. Dentro de este contexto más flexible, el crecimiento de la villa de Camagüey pudo abandonar las monótonas soluciones de la retícula ortogonal y adoptar otras formas urbanas, a las que sumó las peculiaridades de su arquitectura.

A diferencia de una ciudad como La Habana, no tuvo a su disposición canteras de piedra, tal vez por no requerir de grandes fortificaciones portuarias, pero dispuso en cambio de excelentes barros que cocidos en sus tejares le permitieron construir de una forma perdurable, con ladrillos y tejas, además de venderlos durante el siglo XVIII en otras localidades de Cuba a bajos precios, pues un millar de ladrillos no costaba más de cuatro pesos. Este equilibrio entre el medio ambiente y las técnicas constructivas del barro también le permitió abastecer de agua las viviendas con otro producto de la cerámica local, los tinajones para coleccionar el agua lluvia en sus patios. Durante la primera mitad del siglo XVIII una epidemia llamada mal de las culebras, lombrices subcutáneas, fue atribuida al uso del agua de los ríos y de las lagunas cercanas para beber; forzados por el temor los propietarios más ricos construyeron aljibes en sus patios, pero los demás coleccionaron el agua en esas grandes



tinajas que terminaron por ser muy populares y difundidas: al iniciarse el siglo XX se contaban dieciséis mil y eran el símbolo de la ciudad colonial, también llamada la "ciudad roja", por el color del barro de muchos tejados y de los ladrillos de sus construcciones.



En una ciudad llana y de aguas estancadas en sus sinuosas calles, a veces inundadas por el desborde del cercano río, los vecinos escapaban de la humedad y del lodo construyendo terraplenes algo elevados para levantar sus casas, llamados comúnmente pretorios o quicios. Este tipo de plataforma artificial recubierta de ladrillos y losas cumplía también un fin práctico al contrarrestar los empujes de las gruesas paredes y evitar que el agua erosionara los cimientos.



Muchas poblaciones coloniales los usaron para salvar las irregularidades del terreno. Los vecinos acaudalados usaron estos anchos quicios para sentarse y distraerse con un acento señorial de tribuna, estrechando las calles a su antojo con esta rara combinación entre el balcón y el portal. La costumbre se extendió lo suficiente para considerarla una característica urbana, pues al mediar el siglo XIX la mitad de las casi cuatro mil casas existentes en Camagüey los tenía y el ayuntamiento trataba de reducirlos por considerarlos incultos y opuestos al tránsito de carruajes. Desaparecidos hoy, una gran parte de las casas antiguas aún muestra su huella guardando una cierta elevación sobre el nivel de la calle.

Estas peculiaridades de la tradición urbana se completaron con una serie de motivos arquitectónicos recurrentes que, si bien podía encontrarse en otras viviendas de la Isla, aquí adquirían una aplicación más elaborada y extensa.

Los aleros de madera protegían de la lluvia muros que no eran de piedra, y debían por tanto sobresalir hacia delante apoyados en unos canes salientes de madera torneada, los aleros de tornapunta. La puerta de entrada solía carecer de portadas y estaba guarnecida solamente por dos pilastras trucas, recortadas, muy sobrias. En cambio, en el interior se elevaba uno o más arcos entre la sala y el comedor que podían sorprender por su elaborada factura de ladrillo modelado en formas barrocas de curiosas líneas onduladas. El empleo de estos arcos constituyó la distinción de las viviendas camagüeyanas coloniales, que hoy pueden mostrar un variado y creativo repertorio de ellos, donde se colocaba un farol o lámpara que resaltaba su perfil con el efecto de la iluminación.

Si estos motivos de la albañilería se reservaban para la intimidad del hogar, las fachadas en cambio se atenían a mostrar sobrios arcos rebajados, y se limitaban a decorar con las rejas y portones de hermosas maderas preciosas. Los más valiosos ejemplos de fachadas presentaban una doble entrada, colocando un zaguán lateral y un entresuelo con su balcón encima que podían desempeñar diversas funciones. La vivienda



dominaba el tejido urbano, pero en los espacios públicos más señalados sobresalía la presencia de las construcciones monumentales religiosas, pues la arquitectura civil o militar no fue más allá de algún ejemplar aislado. Catorce templos se construyeron en Camagüey hasta 1825 y solo ocho han llegado a nuestros días, todos con torres y sacristías.

Las cifras de población urbana del siglo XVIII se mantuvieron entre los trece mil y quince mil habitantes, y las viviendas urbanas oscilaron entre un rango de mil quinientas a dos mil doscientas casas, en su mayoría construidas sólidamente y capaces de sostener una tradición constructiva local. En el tránsito al siglo XIX la ciudad continuó su crecimiento hasta alcanzar en 1846 casi veinte mil habitantes que habitaban poco más de tres mil casas, la mayor parte de ladrillos, mampostería y tejas, contenidas en 120 calles y callejones y unas 260 manzanas irregulares, entre estas, 77 tenían altos y había 20 quintas de recreo. Este aumento había sido acompañado de una jerarquización o actualización de su arquitectura

que consistió en una monumentalización de su repertorio tradicional donde se mezclaron elementos como cubiertas mudéjares, arcos barrocos, y arcaicas soluciones decorativas con otras que denotaban un incipiente neoclasicismo. Aun así, la identificación del progreso urbano con esta última tendencia fue ganando fuerza en la Isla, pues se identificaba con la cultura moderna de los países capitalistas, y tardó mucho en ser aceptada en su región más oriental.

Camagüey comenzó a experimentar una inclinación por estas novedades a partir de la quinta década del siglo, cuando se abrieron los primeros paseos arbolados y su plaza mayor fue ajardinada, una apertura de carácter recreativo que fue acompañada por la construcción de un nuevo teatro diseñado con una fachada más clásica.

Hacia 1856 se dieron pasos más firmes en la renovación de la arquitectura cuando se dictó un nuevo código de ordenanzas municipales donde se obligaba a entregar planos previos de las construcciones y luego, en 1859, a ser supervisados por un arquitecto traído de la metrópoli. Pero las guerras de independencia detuvieron estos propósitos en la medida que se dispersaron los propietarios o se convirtieron en líderes de la contienda hasta finalizar el siglo. El próximo paso hacia la modernización de su arquitectura se produjo al iniciarse el siglo XX. Entonces la nueva técnica del hormigón armado permitió la imitación de los estilos históricos y sus mezclas, y también introdujo el estilo modernista o art nouveau. La renovación se produjo con celeridad, pues tan solo en los cuatro años transcurridos entre 1902 y 1906, se habían fabricado y reconstruido cerca de trescientas edificaciones.

Hoy solo el 22% del fondo arquitectónico del centro histórico de Camagüey es colonial, siendo la plaza de San Juan de Dios la que conserva el conjunto de edificios coloniales más uniformes de la ciudad. Quizás la Plaza de los Trabajadores, al amparo de la iglesia de la Merced, es la que mejor resume el eclecticismo actual de la vieja villa de Puerto Príncipe: en el exiguo espacio de su triángulo confluyen seis calles y se



reúnen edificaciones coloniales, art decó, el fabuloso palacio ecléctico de la antigua sociedad de recreo Santa Cecilia, y, a su lado, un inmueble de corte racionalista que hoy ocupa un banco, todo en armonía.

En un memorable artículo *“La ciudad”*, cuando arreciaba la polémica sobre cuál era la esencia y el valor verdadero de Camagüey, en momentos en algunos pretendían desmerecer el pasado, por considerarlo pueblerino y atrasado, en contradicción con ‘lo avanzado y lo moderno’, el Poeta Nacional de Cuba, Nicolás Guillén, nacido en 1902 en una modesta casa del centro histórico, intervenía así: “El prestigio de Camagüey no está en la ciudad nueva (¡tan poco moderna!) sino en la vieja ciudad, tan antigua, tan íntima y serena. Calles torcidas, plazas abandonadas, quicios eminentes, aleros y guardapolvos seculares, gentes del pueblo, en fin, lentas y grises, que parecen brotar de la misma tierra de las calles”.

08

LA ARQUITECTURA

Parque Agramonte / Antigua Plaza Mayor

Martí, Salvador Cisneros e Independencia. Siglo XVI

Desde 1528, fecha definitiva del asentamiento de la villa de Santa María del Puerto del Príncipe, fue la Plaza Mayor el espacio generatriz de su trama urbana y el principal núcleo político-administrativo y comercial de la localidad y de la futura jurisdicción. A su alrededor se agruparon la Parroquial Mayor, el Cabildo y las viviendas de los primeros vecinos notables. Era un espacio rectangular donde se asentó la Iglesia Parroquial, primero en una de sus esquinas, y luego, después del incendio de 1616, en forma independiente y aislada ocupando parte de su costado sur. En 1837 la Sociedad Económica de la localidad decidió transformar la plaza abierta en un parque dotado de jardines y senderos, invirtiendo sus propios fondos y eligiendo el proyecto de uno de sus miembros, Gaspar Betancourt Cisneros, quien confiaba que este nuevo uso ayudaría a mejorar el trato social de los habitantes.

Avanzó con lentitud por el agotamiento de los fondos, pero en 1853 ya se había ejecutado, con algunas modificaciones, y era nombrada Plaza de la Reina, aunque la estatua de la soberana no se levantó en ella, solo un pozo ocupaba su centro. En cambio, las cuatro palmas reales que la engalanaban se transformaron en símbolos de los primeros patriotas camagüeyanos levantados en armas contra el colonialismo español: Joaquín de Agüero y Agüero, Fernando de Zayas, Miguel Benavides y Tomás Betancourt, fusilados por esta causa el 12 de agosto de 1851.



El 26 de enero de 1899, conquistada la independencia de Cuba, el Ayuntamiento de Puerto Príncipe decidió nombrarla Parque Ignacio Agramonte, en homenaje al héroe camagüeyano caído en combate el 11 de mayo de 1873. El 24 de febrero de 1912 fue inaugurado por su viuda, la patriota Amalia Simoni Argilagos, un monumento conmemorativo ecuestre, obra en bronce del escultor italiano Salvatore Buemi. En su base una tarja recuerda a los protomártires de la independencia Francisco (Frasquito) Agüero y Velazco y Andrés Manuel Sánchez, ahorcados en 1826, presumiblemente en el lugar en que se encuentra hoy el monumento.

El parque ha tenido diferentes diseños, el último fue inaugurado el 2 de febrero del 2001 y se recuperaron estructuras del siglo XIX incorporando elementos que mezclan la historia con la contemporaneidad. La plaza se encuentra rodeada de edificios de diferentes estilos entre los que existe una lograda articulación y coherencia. El edificio de mayor antigüedad, situado en la esquina de las calles Cisneros y Martí, es la antigua casa

Consistorial, que data del 1775 y fue transformada hacia el 1907, de una excelente fachada ecléctica con influencia modernista.

Los inmuebles que hoy poseen mayor connotación por su escala, además de la iglesia, son los edificios Collado y la Biblioteca Provincial Julio Antonio Mella. Ambos responden a un manejo discreto y juicioso de los sistemas figurativos ecléctico y neocolonial, respectivamente. La planta baja del primero está ocupada por el centro de interpretación y una gran maqueta del Centro Histórico de Camagüey, el mejor lugar para iniciar la visita de la ciudad y comprenderla.

De las estructuras habitacionales coloniales que aún persisten en la plaza se destaca la actual casa de La Trova, edificación de la primera mitad del siglo XIX. Dignifica también este espacio la casa de Cisneros 169 con una fantástica fachada ecléctica y algunos detalles de filiación modernista. Por ser el Parque Agramonte la plaza fundacional de Santa María del Puerto del Príncipe, constituye el corazón del Centro Histórico de la ciudad de Camagüey.

La plaza mayor central ha servido de sitio de referencia, a nivel de toda la ciudad, para organizar la estructura de los espacios públicos, pues a lo largo del crecimiento urbano se fueron creando a intervalos plazuelas irregulares, surgidas de ampliaciones y encuentros de calles, que sirvieron de soporte y de marco a conjuntos de iglesias y de destacadas viviendas o establecimientos en general, que en la actualidad animan focos de valores monumentales y localizan paisajes urbanos de una tipicidad característica.

Catedral Metropolitana

Parque Agramonte

En 1620 la iglesia de Puerto Príncipe, recién incendiada, era un templo cubierto de guano, tan pobre como su sacerdote, un criollo de Bayamo, descendiente de los conquistadores y educado en la Isla. Muy pronto debió ser reconstruida, pues hoy conserva en su nave central una armadura de carpintería mudéjar que los especialistas clasifican de una primitiva antigüedad. Su orientación, como es común en los templos más antiguos, presenta la fachada principal hacia el oeste y el presbiterio al este. En 1756 se describía como un edificio construido con muros de cal, piedra y ladrillos, cubierta de madera y tejas, un coro bajo y otro alto sobre la entrada principal conformado por un entrepiso de madera. Constaba de una sola nave y dos capillas abovedadas

adosadas en sus costados laterales, una para el bautismo y otra para la población negra.

El templo ha sufrido transformaciones sucesivas; en 1864 se le agregan dos naves laterales y desaparecen las viejas capillas, el arquitecto municipal Dionisio de la Iglesia le diseñó una nueva portada neoclásica hacia el parque; la torre campanario inicial de dos pisos, colocada lateralmente frente a la plaza, fue reconstruida agregándole nuevos cuerpos sucesivamente desde 1791 a 1876, hasta llegar a adquirir su notable elevación de seis cuerpos, coronada con una escultura de Cristo, obra del catalán Juan Albajés Ciurana, en 1937.

Dedicada a Nuestra Señora de la Candelaria, Pio X la declaró Santa Iglesia Catedral el 10 de diciembre de 1912, al constituirse la Diócesis de Camagüey. Cerrada al culto en la década de 1980 por su mal estado, fue reabierta en 1998 tras una rehabilitación que implicó la recuperación formal de la cubierta de madera.



Casa de la trova

Salvador Cisneros 173, entre Martí y Cristo.

La plaza de armas, hoy parque Agramonte, y su entorno, se conservaron como centro de la vida urbana durante el siglo XX por lo que experimentaron notables transformaciones, y, fuera de la iglesia, han conservado pocos testigos arquitectónicos de su pasado colonial. Uno de ellos es la casa que perteneció a la familia Betancourt desde principios del XIX, que en 1914 pasó a ser una tienda de instrumentos musicales, hasta el 17 de agosto de 1973 en que devino sede de una prestigiosa institución cultural: la Casa de la Trova Patricio Ballagas Palacios, en reconocimiento al destacado trovador camagüeyano.

Su fachada, de gran valor arquitectónico y ambiental, nos muestra la introducción de transformaciones estilísticas de filiación neoclásica en el repertorio tradicional, evidenciadas en el empleo de pilastras distribuidas en toda la fachada, en los amplios vanos adintelados con ventanas con motivos barrocos y rejas de hierro, y en la cornisa y pretil liso en que culmina. En el salón principal hay un majestuoso arco barroco multilobulado y un techo de armadura, de tradición mudéjar. Aunque transformado, su patio constituye el elemento de mayor atracción de la casa, pues recrea el ambiente colonial y en él se puede disfrutar de la buena música tradicional.

Asamblea Municipal del Poder Popular, Antiguo Ayuntamiento

Salvador Cisneros 201, esquina a Martí. 1774



La sede del gobierno municipal, la casa del cabildo, se ubicó en esta esquina de la Plaza Mayor en 1728 cuando el cabildo compró la casa propiedad de las hermanas de La Torre, y se ha mantenido durante siglos con el fin de administrar el poder local. Fue sometida a obras de reconstrucción que culminaron en 1774, y en 1907 fue remodelada por el maestro de obras catalán Claudio Muns Piqué. Conserva algunos componentes originales como un fragmento de un muro de mampostería, integrado por piedras, tierra, cal y arena. En el segundo nivel se aprecia un valioso techo de armadura de filiación mudéjar que cubre el salón de sesiones bajo el cual se velaron los restos de dos figuras de la guerra de independencia que fueron ejemplos de la diversa composición social del ejército de liberación nacional: en 1907, el cadáver de la capitana negra del ejército libertador Rosa Castellanos, La Bayamesa, eficaz auxiliar de los servicios médicos mambises, y en 1914, los restos de Salvador Cisneros Betancourt, el marqués de Santa Lucía, único cubano con título de Castilla que luchó por la independencia de Cuba, y que llegó a ocupar en dos

ocasiones la presidencia del gobierno de la República de Cuba en Armas.

La estructura del edificio presenta una integración de componentes antiguos y modernos que vienen a representar en síntesis la trayectoria y carácter de otros del centro histórico. La fachada es de estilo ecléctico con detalles del modernismo catalán en los balcones, ventanas y puertas, y es moderna la hermosa escalera ceremonial, sin embargo, se mantienen antiguos arcos originales en la planta alta de la galería y en el interior, lo mismo sucede con gran parte de la carpintería constructiva que los recientes trabajos de rehabilitación han puesto al descubierto. En la entrada principal se encuentran el escudo nacional y el escudo de la ciudad de Camagüey. Encima, en el balcón principal, es costumbre desde el siglo leer el bando que daba inicio cada 24 de junio a las fiestas de San Juan, las más importantes de Camagüey.

Centro de Antropología Cultural de la Oficina del Historiador de la Ciudad

Salvador Cisneros 169 entre Martí y Cristo.

Desde finales del XVIII existió en el solar una casa señorial heredada por la poetisa camagüeyana Aurelia Castillo de González de su padre Don Pedro del Castillo Betancourt, demolida para dar paso a la actual en las primeras décadas del siglo XX, construida por el maestro de obras catalán Miguel Perulla para una acaudalada familia ganadera y conocida como Palacio Roviroso. Tanto en su fachada como en su interior se aprecia una abundante ornamentación con toques del modernismo catalán de gran riqueza, con rejas de formas curvas y elementos florales que le proporcionan elegancia; su parte superior está cubierta por un rebuscado esgrafiado de motivos vegetales que la hace

única en su tipo. Remata la fachada una cornisa de garras y balastrada con copones.

En su interior, columnas corintias sirven de apoyo al gran arco rebajado que divide la sala de la saleta, resaltado por magníficas molduras. Se utilizan los pisos de terrazo, mármol, mosaico y azulejos, así como zócalos cerámicos para la jerarquización de cada uno de los espacios. El inmueble se encuentra profusamente decorado con pinturas murales. El patio central está rodeado por galerías de arcadas cerradas con elegantes vitrales. En su centro tuvo una fuente de mármol con surtidor y cuatro canteros.



Este modelo de ornamentación desbordante e inclasificable fuera de las fantasías modernistas, resulta muy semejante al realizado por Muns Piqué en la fachada del teatro Apolo de 1909.

Biblioteca Provincial Julio A. Mella, Antigua Sociedad Filarmónica

Salvador Cisneros 177 esquina a Martí. 1945.



En la década del 30 del siglo XVIII el regidor Jacinto Manuel Hidalgo y Agramonte poseía una casa en el lugar, luego propiedad de los marqueses de Santa Lucía, hasta que

pasó en 1859 a manos de una institución cultural de gran prestigio criollo, la Sociedad Filarmónica, que la actualizó acorde al gusto neoclásico. Desactivada durante la guerra de independencia la Filarmónica fue sustituida por el españolizante Casino Español, y más tarde por el Liceo de Puerto Príncipe. En 1963 esta sociedad de élite se transformó en la Biblioteca Provincial Julio Antonio Mella. En 1945 el arquitecto Francisco Herrero Morató reconstruyó la edificación tal como aparece hoy, con predominio de rasgos neocoloniales. Su fachada adoptó un gran portal de arcadas de medio punto, e introdujo así un nuevo elemento inexistente en la plaza, y los motivos coloniales del edificio no reprodujeron la tradición colonial camagüeyana, salvo el patio que posee en su centro una pequeña fuente que armoniza con las dimensiones del espacio.

Restaurante La Volanta

Independencia 160, entre Martí y Luaces.

Su referencia más temprana data de 1732, cuando pertenecía al presbítero Pedro Ignacio Colón y Juana Najarro Barreda y formaba parte del conjunto de viviendas de la Plaza Mayor. En 1775 era del regidor y alcalde mayor Francisco Dionisio Recio y Agramonte. La que hoy vemos es de estilo neocolonial, como la anterior mencionada, y fue proyectada en la década de los años treinta del pasado siglo, pero guardando más similitud en la fachada con la tradición constructiva local. Conservó el antiguo escudo de la familia Recio en la fachada, y en su interior se conservan elementos coloniales como los arcos de medio punto y el techo de armadura de madera.



Casa Natal del poeta Nicolás Guillén

Hermanos Agüero 56-58, esquina a Goyo Benítez

Vivienda de principios del XIX, según un documento de hipoteca de 1828. El 10 de junio de 1902 nació en su accesoria Nicolás Guillén Batista, el Poeta Nacional de Cuba. En ella radicó la delegación Provincial de la Unión de Periodistas de Cuba. De modestas proporciones y gran austeridad, posee un pequeño patio con pozo de brocal y un tinajón. En el interior se combina el eclecticismo con la persistencia colonial, otorgada por elementos de fuerte raigambre como son el techo formado por una armadura mudéjar y el colgadizo.

Casa natal del científico Carlos J. Finlay. Institución cultural de la Oficina del Historiador de la Ciudad

Cristo 5, entre Cisneros y Lugareño.

Construida hacia la tercera década del XVIII, nació en ella el 3 de diciembre de 1833 el prestigioso científico cubano descubridor del agente transmisor de la fiebre amarilla, Carlos Juan Finlay Barres, lo que le atribuye un valor de carácter universal dentro de la historia de la medicina, pero no carece el inmueble de valores en su arquitectura por su patio típico con tinajones, su cubierta tradicional a base de maderas preciosas, con cuadrales y dos tirantes simples. En su fachada se conservaron, como criterios para la intervención, elementos incorporados en la transformación de inicios del siglo XX.



Plazuelas de Juana del Castillo y de San Clemente

Calle Animas o San Isidro (Rosa la Bayamesa) y callejón de San Antonio, y calles de San Clemente (Raúl Lamar) y Calle Mayor o de la Iglesia (Salvador Cisneros). Siglo XVIII.



La formación de estos pequeños espacios urbano en el curso de estas calles se remonta a las primeras décadas del XVIII. La plazuela de Juana del Castillo, nombre tomado de una vecina del lugar, intercepta el callejón y es única en su tipo. En uno de sus ángulos hay una casa de colgadizo con alero de tornapunta conocida como casa del rincón. A finales del XVIII el capitán Lorenzo de Miranda y Aguilera estableció en una de las viviendas de la plazuela una casa de beneficencia, que llegó a funcionar por un período breve en las primeras décadas del XIX.

En calle de San Clemente se halla conformados otros dos espacios muy similares en su encuentro con la calle Mayor. Uno de ellos recibe el nombre de Plazuela Bernal, pues allí se encuentra la casa que en 1805 el Oidor de la Audiencia de Puerto Príncipe José Eugenio Bernal Villafañe, solicitó al Ayuntamiento autorización para construir en su casa

de altos un portal hacia la plazuela, el único del centro histórico en su área central, formado por tres arcos de medio punto sustentados por columnas de fuste liso. Aquí nació José Calixto Bernal Soto (1804-1886), eminente abogado e intelectual, muy crítico de la forma en que España gobernaba a Cuba. Se radicó en Madrid, donde frecuentó a José Martí durante la primera estancia de éste en la capital española. Su fachada interna consta de una gran portada a la española y dos ventanas de cuarterones con motivos barrocos, protegidas por rejas de hierro muy trabajadas. Su techo de armadura incluye cuatro cuadrales decorados y dos tirantes con lacerías. En el otro espacio, calle Mayor, se construyó un edificio para dos viviendas pareadas de una sola planta en el primer tercio siglo XX, de influencia modernista que constituye un ejemplar raro y excepcional por su imaginativa decoración, semejante a otro de la calle Lope Recio, probablemente obra del mismo autor.

Tribunal Popular Provincial

Salvador Cisneros 253, entre Hermanos Agüero y General Gómez.

La orden de los jesuitas había reunido en 1749 poco más de cincuenta mil pesos para edificar un colegio en Camagüey que fue concluido hacia 1757 al mismo tiempo que terminaban el de La Habana. Cuando se produjo la expulsión de la orden en 1767 por Carlos III, ambos colegios constituían sus propiedades urbanas más valiosas en la Isla y pasaron a manos de la monarquía. En 1800 el estado español destinó el edificio para sede de la Real Audiencia de Santo Domingo, la más antigua de América, trasladada a Cuba al pasar La Española a Francia y luego a la república haitiana.

Durante medio siglo, la ciudad experimentó una gran animación judicial con dicha institución, sus oidores, jueces, y fue foro de muchos abogados que en 1846 sumaban más de sesenta en la localidad. Tras su desaparición en 1853, por considerarla un foco peligroso de ideas reformistas, el edificio

sirvió de Cuartel de Artillería y del Cuerpo de Ingenieros. A comienzos del siglo XX se convirtió en Palacio de Justicia y hoy acoge al Tribunal Popular Provincial, manteniendo su inveterada función judicial a lo largo del tiempo. Sufrió transformaciones en 1910, pero incorporando elementos antiguos y con una decoración sobria en la fachada y en el interior; se conservaron sus antiguos arcos y columnas coloniales en la planta baja, entre los que asciende una elegante escalera de mármol de doble vuelta adicionada entonces.



Plaza Maceo. Antigua Plaza de Paula

Hermanos Agüero, Maceo, Independencia y Torres Lasqueti.



Situada a corta distancia de la plaza principal desde las primeras décadas del XVIII, debió su primer nombre a una ermita de San Francisco de Paula que con licencia dada en 1720 se abrió en el sitio por el licenciado Francisco de Grijalba. En el sitio donde estuvo este templo se ubicó desde el siglo XIX un establecimiento conocido como La Gran Antilla, reedificado en 1937 como una notable edificación de dos plantas del arquitecto José Bombín Campos. Preside el espacio un busto del General Antonio Maceo, inaugurado el 20 de mayo de 1947. La plazuela daba inicio a una extensión de dos cuadras hasta la plaza de la Soledad, conocida como calle del comercio, pues allí se concentraron los mejores edificios especializados de ese género, luego modernizados en el siglo XX.

Centro Provincial de Casas de Culturas

Salvador Cisneros 258, entre Hermanos Agüero y General Gómez.

Ubicada frente a la edificación anteriormente descrita, y dimensiones y arquitectura similar, esta notable casa perteneció en el siglo XVIII a la familia del Castillo y en ella nació el 14 de agosto de 1834 Ángel del Castillo Agramonte, quien fuera Mayor General del Ejército Libertador. Alojó durante la Guerra de Independencia a la Comandancia Militar Española de la Villa. Al cese de la contienda bélica sirvió como Hotel Internacional y en la segunda década del siglo XX se utilizó como lugar de recreo de residentes españoles, y allí se agasajó a Barberán y Collar después de lograr la hazaña de cruzar el Atlántico el 11 de junio de 1933 en el Cuatro Vientos, tras 40 horas de vuelo sin escalas. El avión había salido del aeropuerto de Tablada, en Sevilla, España, y constituyó un récord para la aviación mundial de entonces.

Fue remodelada en 1940, por el Arq. Claudio Muns Blanchart y en 1993, en el marco de la conmemoración del 60 aniversario del vuelo Sevilla-Camagüey, se reinaugura como Centro Iberoamericano. Es un edificio de dos plantas en el que se mezclan códigos arquitectónicos coloniales y republicanos, y donde sobreviven estructuras antiguas como el hermoso arco barroco de la planta baja. Sobre el salón principal se levanta un lucernario sustentado por columnas toscanas.



Gran Hotel

Maceo 67, entre Plaza de la Solidaridad y General Gómez

Entre la plaza Maceo y la de la Soledad, se encuentra el Gran Hotel, monumental edificio ecléctico de cinco plantas concebido en los primeros años del siglo XX, y que fue la más alta y moderna de las construcciones de la ciudad en su momento. Su fachada simétrica enfatiza el centro del volumen con balcones individuales de hierro que sobresalen en el tercer y cuarto nivel, y desde su inauguración, en 1938, fue una de las edificaciones patrimoniales emblemáticas de esta villa cubana, formando parte de la historia local al igual que sus calles, iglesias, monumentos, plazas, plazuelas y callejones de caprichos trazado. En su interior se combinan trabajos en madera con una sutil decoración, y en su historia figuran nombres ilustres como el del pianista Artur Rubinstein, los artistas mexicanos Mario Moreno Reyes, Cantinflas, y Jorge Negrete, las cantantes Rita Montaner y Libertad Lamarque, o el célebre mafioso norteamericano Charles Lucky.

Considerado como el mejor hotel de la ciudad por su céntrica ubicación, con anterioridad el espacio estuvo ocupado por una vivienda colonial, hasta su adquisición por Almirall en 1928, quien ideó la construcción de un moderno hotel en una de las calles más céntricas y concurridas de la ciudad. Para ello, primeramente, contrató al arquitecto Claudio Muns Blanchart y, posteriormente, a Gonzalo López Trigo Gabancho, dos de los más experimentados profesionales en la construcción en la ciudad. La construcción del cuarto nivel finalizó el 11 de abril de 1938 y poco después fue totalmente concluido el quinto piso o comedor central, todo realizado entre grandes vanos de madera y cristalería y persianería para el aprovechamiento de la luz natural así como de las visuales exteriores, desde donde podía obtenerse una imagen bastante completa del plano de la ciudad. El edificio contaba con una superficie construida de 750. 4669 metros, lo que lo hacía la mayor edificación del entorno.



Hotel Colón

Calle República 472

Partiendo de la plaza de la Soledad, en dirección al barrio de la Vigía y al ferrocarril, en la calle República 472, actual arteria comercial principal del Camagüey junto a la calle Maceo, se encuentra el hotel Colón, otra joya arquitectónica de la ciudad, construida en 1926, y que cuenta entre sus tesoros magníficos trabajos de carpintería en maderas preciosas, especialmente en la carpeta y el bar. Resalta también su diseño y decoración, complementado con la inserción de elementos naturales y obras artísticas que reflejan la ruta seguida por Cristóbal Colón hasta su llegada y estancia en Cuba, al igual que personajes emblemáticos

de la conquista de América, entre ellos Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Leonor López de Córdoba.

Situado cerca del Gran Hotel, dentro del singular Centro Histórico camagüeyano que desde 2005 fue declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, posee acogedores patios interiores y hermosos vitrales que lo distinguen y convierten en uno de los establecimientos hoteleros con más personalidad de la ciudad, tanto por su historia como por sus valores arquitectónicos.

Plaza de la Solidaridad o de la Soledad e Iglesia de Nuestra Señora de la Soledad

Calles República, Maceo e Ignacio Agramonte, y República esquina a Ignacio Agramonte.



En 1697 se construyó la ermita de Nuestra Señora de La Soledad, ubicada en el extremo norte de la villa, en la salida hacia el embarcadero de Jigüey. Allí se conformaría un espacio abierto en la confluencia de cinco calles que tomó su nombre de la ermita, hoy Plaza de la Solidaridad. Tiene máxima importancia por su arquitectura, en la que sobresale la iglesia de la Soledad. Es un espacio irregular en el que confluye la calle Maceo, el eje principal del comercio en Camagüey desde principios del XIX, quedando para uso peatonal un parque surgido luego de la desaparición de un edificio de esquina. Otros edificios relevantes son el de la antigua Compañía de Electricidad, que se alza en tres niveles frente a la fachada principal de la iglesia, y el Teatro Avellaneda, frente al costado lateral de la iglesia.

La ermita fue erigida en parroquia por el Obispo de Cuba Diego Evelino de Compostela en 1701, y en 1733 comenzó a reconstruirse la iglesia con una sola nave con ladrillo y tejas, donde una hermosa imagen de la virgen atraía la devoción popular en las procesiones del jueves santo, y cuyo origen se asocia a [una de las más famosas leyendas camagüeyanas](#).

Como suele suceder este cuerpo original pudo haberse ampliado con el tiempo y dio como resultado el templo actual concluido en 1776, de planta rectangular con tres naves, coro alto sobre la entrada principal, nave y presbiterio de techos de artesón mudéjar, y sobre la nave transversal que cruza la principal, una cúpula y bóvedas de ladrillo, una combinación inusual, no repetida en otras iglesias del país.

La torre colocada en el lateral izquierdo de la fachada principal es un macizo volumen de cinco cuerpos de diferentes dimensiones, coronada por un gran pináculo octogonal de forma piramidal; su silueta es observable como la de la parroquial desde casi toda la ciudad. La ornamentación interior estuvo basada en la pintura mural con motivos florales en los pilares, los arcos y muros de la nave central, así como en la cúpula, decorada con una simulación de casetones a semejanza del Panteón romano, con pechinas en las cuales se representaban los símbolos de los cuatro evangelistas. Durante el XIX en este templo fueron bautizadas personalidades relevantes de la historia y la cultura de Cuba como la poetisa Gertrudis Gomez de Avellaneda, Carmen Zayas Bazán –esposa de José Martí– e Ignacio Agramonte y Loynaz, Mayor General del Ejército Libertador, quien también contrajo matrimonio en este lugar con Amalia Simoni Argilagos.

En los alrededores de la Iglesia se han conservado inmuebles coloniales, con mayor o menos grado de integridad, que se han rehabilitado para desempeñar funciones gastronómicas y recreativas. Uno de ellos es el restaurante La Piazza, en la casa que perteneció Gaspar Betancourt y Mariano Guerra en 1826, luego un comercio llamado del Gallo, por una pintura ubicada en el salón principal, nombre que se extendió a toda la Plaza. El edificio conserva su armadura original y el portal, pero fue actualizado con una decoración académica



al gusto de las primeras décadas del siglo XX. La Galería Colonial, también conserva elementos originales como el alero de tornapunta que rodea el patio, y parte de la carpintería constructiva. El bodegón de San Cayetano es un inmueble del siglo XVIII, que se distinguió durante el período colonial un patio central claustral con entresuelo en la parte posterior. Transformado en varias ocasiones, muestra hoy una fachada inspirada en el neoclasicismo de finales del XIX.

Casas de la calle San Juan. Palacio Pichardo, viviendas y oficinas / Casa del siglo XIX

Avellaneda 66 esquina a Tío Perico, 1826 / Avellaneda 76 entre Castellanos y Tío Perico 1866.

La primera de estas casas perteneció en 1847 al licenciado Francisco Pichardo Tapia, funcionario de la Audiencia y uno de los doce hijos de una familia dominicana emigrada a fines del siglo XVIII a Camagüey. Su hermano, el abogado

Esteban Pichardo Tapia, nacido en Santiago de los Caballeros en 1799, dio a Cuba en el siglo XIX un tratado de geografía, un gran mapa general y el primer diccionario de voces cubanas. La segunda casa fue propiedad de Don Basilio Andrade y la habitó el eminente naturalista Manuel Monteverde y, como la anterior, muestra influencia neoclásica. Construida por el maestro de obras Florencio Reyna en 1866, esta última resulta más evolucionada desde el punto de vista de su estilo, pero ambas mantienen soluciones tradicionales en el uso del arco barroco y la cubierta de madera.



Antigua Plaza de San Francisco, hoy Parque José Martí o de la Juventud / Iglesia del Sagrado Corazón, Escuelas Pías, y Clínica Estomatológica Cerro Pelado

Calles Luaces, Martí, Bartolomé Masó y Ramón Guerra

En 1617 existía en los límites de la población y cerca del Calvario, una ermita establecida por la indígena Catalina Carmona y dedicada a Santa Ana. Los franciscanos, que habían fundado la provincia de Santa Elena, con sede en La Habana y La Florida, y se atribuían la tutela de los indios, llegaron a Camagüey y tomaron posesión del sitio para su convento, un acto que despertó la protesta en 1627 de los naturales y de la orden de los mercedarios ya ubicada en otra ermita de la población. Hacia 1690, resuelto el litigio a su favor, levantaban los muros de su convento en esta ubicación, bajo la tutela de la misma santa. Junto a este se conformó un espacio cuadrado como atrio, mientras la vieja ermita fue trasladada hacia el extremo oeste en el camino a La Habana. En la década de 1750 su iglesia era de nueva construcción de ladrillo y tejas, igual que el claustro y una

nave dedicada a capilla de los terciarios; tenía una torre de tres cuerpos, órgano y costosas lámparas de plata en sus altares. Desactivado durante la exclaustación, el local pasó a manos de la nueva orden de los escolapios por iniciativa del arzobispo Claret y del Capitán General Gutierrez de la Concha, para evitar que los jóvenes cursaran estudios en el extranjero y entraran en contacto con ideas separatistas, el cual comenzó a funcionar en 1863 con su internado.

Entre 1912 y 1919 fueron demolidas las construcciones antiguas y se reconstruyeron las escuelas pías y la iglesia, dando lugar a una ampliación de la plaza con la forma rectangular que hoy tiene. La iglesia se transformó en un templo neogótico dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, de excelente factura e inspiración



historicista rigurosa, obra de los arquitectos catalanes Claudio Muns Piqué y Jaime Cruanyas Feliú, llevada a cabo por la contribución de Dolores Betancourt Agramonte. El templo puede ser comparado con la iglesia neogótica de Reina que al mismo tiempo levantaban los jesuitas en La Habana, en su interior cuenta con vitrales policromos importados de Alemania, y los retablos de mármol blanco. El colegio contiguo no se quedó atrás en monumentalidad e historicismo, es un edificio de dos plantas estilo neoclásico grecorromano con columnas de orden corintio en su frente, levantadas sobre pedestales de gran tamaño, y dos claustros atravesados por una airosa galería. En su historia docente reunió un destacado alumnado entre los que se cuentan el filósofo Enrique José Varona y el primer cardenal cubano, Manuel Arteaga y Betancourt.

Casa de Tomás Pío Betancourt, hoy Policlínico Centro / Casas del siglo XVIII

Luaces 2-4 y Academia, Parque Martí / Avellaneda 4 esquina a Martí / Bartolomé Masó, esquina a Pobres.



En el XVIII la manzana al este de la Plaza estaba parcelada en tres lotes diferentes, unificados en el primer lustro de la década de 1860 bajo la propiedad de Tomás Pío Betancourt y Sánchez Pereira, primer historiador de Puerto Príncipe y heredero del linaje de una de las principales familias de la ciudad. En 1921, su hija Doña Dolores Betancourt lo cedió a la Orden Salesiana para un colegio de niñas pobres. Desde entonces pasó a ser la cuna de las Salesianas en Cuba. A partir de 1961 el inmueble mantuvo su uso educativo. Se distingue por su monumentalidad y a pesar de la apariencia unitaria del conjunto, hay evidencia en su interior de las tres construcciones que le dieron origen en los techos de armadura y los esbeltos arcos mixtilíneos que muestran el esplendor de la mano de obra de finales del XVIII y principios del XIX.

La huella de los frailes franciscanos se advierte aún en otro inmueble cercano, la casa llamada de la Cruz Grande por una cruz de madera que se conserva en su fachada y que marcaba

una estación del vía crucis, uno de los ritos que los franciscanos organizaban en la cuaresma en todas las ciudades de la América Hispana. Situada en la esquina de la calle San Juan desde donde arrancaba la procesión rumbo al oeste hasta concluir en la iglesia de Santa Ana, después de atravesar toda la población conmemorando la trayectoria de la pasión de Cristo en Jerusalén. Además de este contenido simbólico, la vivienda tiene una apreciable antigüedad registrada en la documentación desde 1774. En el interior un arco trilobulado de líneas puras divide la sala del resto de las habitaciones y cubre este espacio principal un techo de armadura con tirantes simples. La carpintería interior contiene puertas de tablero con motivos barrocos.

En las inmediaciones del conjunto se encuentra una vivienda que hace esquina a la calle Pobres, y que bien sea producto de su pobreza o antigüedad, manifiesta aún la estructura de los llamados colgadizos, un ejemplar del repertorio habitacional camagüeyano como aquellos que el viajero Bachiller y Morales observaba aún en 1832 en la ciudad, cuando ya habían desaparecido de La Habana. La puerta española de la entrada principal se encuentra enmarcada por gruesas pilastras unidas por una moldura, las ventanas poseen motivos barrocos muy simples y rejas voladas de madera con guardapolvo de tejadillo. Remata esta fachada una cubierta de colgadizo de fuerte pendiente que se destaca en gran medida por la fachada lateral que da hacia la plazuela. Las menores dimensiones de sus espacios interiores y del arco de la sala caracterizan la edificación.

RESTAURANTE PARADOR DE LOS TRES REYES / RESTAURANTE LA CAMPANA DE TOLEDO / CASA DEL SIGLO XVIII

González Hurtado 16 entre Pobres y Paco Recio / González Hurtado 18 entre Pobres y Paco Recio / Ramón Pintó 107 y 109, entre Matías Varona y González Hurtado



Las edificaciones de carácter doméstico de la Plaza constituyen ejemplares muy representativos. Son típicos en las fachadas los grandes aleros de tornapunta, las ventanas de cuarterones y rejas voladas de madera con balaustres

torneados, y las amplias portadas de ingreso de pilastras corridas o truncadas. El detalle de mayor elaboración artística que jerarquiza los interiores es el arco que divide la sala de la saleta de rasgos barrocos a partir de formas mixtilíneas y los techos de filiación mudéjar. En el patio, los típicos tinajones recolectores de agua. Las casas nombradas como Campana de Toledo y Parador de los Tres Reyes sintetizan las características antes expuestas. Hoy poseen función de restaurante. Se destaca también el número 107, frente al convento, que se diferencia del resto de las edificaciones por introducir un altillo, solución espacial que le otorga mayor jerarquía y funcionalidad. En la cuarta década del siglo XVIII hay evidencias de una casa de mampostería, rafa, tablas y tejas que constituía la más excelente casona de la Plaza San Juan de Dios por su volumetría, y por los detalles formales de su arquitectura. Por su tipología es una casa tradicional de influencia barroca, uno de los pocos ejemplares en la arquitectura doméstica camagüeyana que presenta patio central rodeado de galerías. El zaguán conducía directamente al fondo de la edificación y vinculaba con el patio, la cocina y la caballeriza.

Plaza de San Juan de Dios, Monumento Nacional / Iglesia y Hospital de San Juan de Dios

delimitada por calles Ramón Pintó, González Hurtado y Matías Varona



Amplio espacio trapezoidal enmarcado por el conjunto de edificios coloniales más uniformes del Centro Histórico y presidido por la iglesia-hospital de San Juan de Dios. La integridad de los inmuebles dentro de un solo periodo histórico que sintetiza los diferentes períodos constructivos de la colonia, el tratamiento unitario del pavimento, el valor histórico y arquitectónico del edificio principal, le confieren homogeneidad y armonía. No está directamente conectada por calles principales con el resto de las plazas lo que le confiere un carácter introvertido, con un acceso un tanto inadvertido o inesperado. La iglesia y hospital de San Juan de Dios que le da nombre ocupa toda una manzana. En 1728 y por iniciativa del obispo de Cuba, Gerónimo Valdés, le fue encomendado a la orden hospitalaria de San Juan de Dios el pobre hospital existente en la ciudad. El benefactor, capitán Gaspar Alonso Betancourt y Fernández, natural de Santiago de Cuba, adquirió algunas casas y solares para habilitar el terreno de la obra y ensanchar su plazuela. Al

mediar el siglo el hospital y la iglesia se hallaba terminado en la forma que hoy vemos, siendo el más antiguo de los conservados en Cuba dentro de su género. La fachada del templo fue modificada entre los años 1847 a 1848 al ser reconstruida su torre lateral, esta vez colocada a eje con su única puerta principal, lo cual la dotó de una marcada simetría. Su cubierta es una armadura hispano mudéjar con tirantes y cuadriles pareados. En el altar mayor se destaca una representación antropomórfica de la Santísima Trinidad en madera preciosa donada en 1792 por María de la Trinidad Cisneros, cuyos restos permanecen bajo su piso, junto con los del benefactor Betancourt y su esposa. El patio conventual es muy pintoresco, con su combinación de arcadas rebajadas en los altos y de medio punto en los bajos, rematadas con el tradicional alero de tornapunta, y un pozo al centro. Un significativo hecho histórico tuvo lugar en este antiguo conjunto el 12 de mayo de 1873, al ser colocado en la galería de la planta baja del convento el cadáver del camagüeyano Ignacio Agramonte y Loynaz, Mayor General del Ejército Libertador. Los sacerdotes Manuel Martínez Saltage y el Padre Olallo (actualmente en proceso de canonización), de los hermanos hospitalarios, asistieron y limpiaron el rostro del patriota, al cual se le rindieron honores antes de ser llevado a quemar.

Casa natal de Ignacio Agramonte (hoy museo)

Ignacio Agramonte 459, esquina a Independencia. Siglo XVIII



La antigua plazuela de la Merced está delimitada por una arquitectura de gran variedad estilística que transita desde el estilo colonial a los primeros pasos del racionalismo. La edificación habitacional más antigua y de mayor valor histórico es una casa de finales del XVIII más cercanas a la casa señorial habanera que a la tradicional camagüeyana, pues la estructura de dos plantas con entresuelo y almacenes en bajos es la típica de una ciudad portuaria. Su presencia y volumen denota el alto nivel económico de sus dueños y en ella nació Ignacio Agramonte Loynaz el 23 de diciembre de 1841, el héroe legendario de Camagüey. Es uno de los más logrados ejemplos del repertorio habitacional camagüeyano. La casa tuvo varios usos: casa familiar de la familia Agramonte, establecimiento comercial, consulado de España, pero su valor histórico la preservó de transformaciones radicales. Su restauración, iniciada el 12 de agosto de 1970, se concluyó en 1973 cuando fue inaugurada como Museo Casa Natal de Ignacio Agramonte que expone en sus salas objetos personales de él y de su familia, muebles y piezas decorativas de época, documentos, fotos, etc.

Plaza de los Trabajadores, o de la Merced / Iglesia y Convento de la Merced.

Conformada por las calles Ignacio Agramonte, Charles A. Danna y Padre Valencia

Es uno de los espacios públicos más antiguos e irregulares de la villa, de figura triangular donde confluyen seis calles y tiene una esquina cerrada. Data del siglo XVII al construirse el convento de la Merced en una ermita ubicada en el límite norte de la población dedicada a Nuestra Señora de la Altagracia, donada por el vecino Juan Griego a esa orden hacia 1601. Hoy la plaza se encuentra rodeada de edificaciones administrativas y de servicio y es uno de los lugares más concurridos de la ciudad.

La vieja iglesia del convento fue derribada hacia 1744 y en su lugar se levantó la actual, inaugurada en 1758, de tres naves cubiertas con cúpula y bóveda de ladrillos, una construcción maciza y monumental que resulta única entre los templos levantados en el siglo XVIII en el interior de Cuba. Por su alta y única torre elevada en el centro de la fachada, motivo diseñado con un énfasis ascensional, se le compara con la de iglesia de San Francisco de la capital, que poco antes había introducido en Cuba este tipo de solución poco común en el ámbito americano.

El templo fue el más grande y valioso de la provincia a que pertenecía, si bien la sede principal de la misma se encontraba en La Española. El benefactor de la edificación fue Manuel Aguirre Varona, que había

profesado como mercedario y le donó la mitad de su fortuna a la orden. Poco se conserva de su mobiliario original, salvo el sepulcro de plata para la procesión del viernes santo realizado en 1762 por el orfebre mexicano Juan Benítez, obra donada por un sobrino del benefactor y que una de las más conocidas leyendas camagüeyanas, [la del santo sepulcro](#) la asocia a un desgraciado crimen familiar. El convento, de un solo claustro y con una robusta doble arquería de ladrillo, data de estos mismos años, cuando lo habitaban unos veinticinco frailes. Hoy es casa diocesana y debajo del presbiterio hay un pequeño museo, conocido como «las catacumbas de la Merced», que conserva algunos de los enterramientos del período colonial, así como piezas y objetos religiosos en desuso y otros objetos encontrados en las excavaciones allí practicadas.



Sociedad Popular Santa Cecilia (hoy casa de la cultura Ignacio Agramonte)

Plaza de los Trabajadores 1926-28: Arq. José Salvador Acosta O'Bryan

La benemérita Sociedad Popular Santa Cecilia, institución cultural, abrió sus puertas en 1864 en el callejón Popular, y posteriormente se construyó para ella este edificio, conocido como La Popular y El Palacio. Abrió sus puertas en 1928. La composición arquitectónica, sin un estilo definido, se realiza mediante el empleo de columnas de órdenes clásicos. Se enfatiza el diseño de la esquina y esta se remata con una pequeña cupular o mirador. La decoración de la fachada incorpora por primera vez en un edificio no estatal el escudo de la ciudad conferido a la villa por Fernando VII en 1817. Como corresponde a un edificio dedicado a la reunión y distracción social, su interior presenta grandes salones donde los pisos de mosaicos imitan alfombras, y del vestíbulo asciende una escalera de mármol con rejas de hierro profusamente decoradas. Los techos son planos con motivos eclécticos. Constituyó un hito en la arquitectura del siglo XX en Camagüey.

Teatro Principal

Padre Valencia 64, entre Lugareño y callejón del Teatro.

En 1850 fue inaugurado el teatro Principal con la ópera Norma de Bellini, interpretada por la compañía de José Miró. El edificio fue levantado por el maestro de obras y constructor español Juan Jerez Arreaga. Un incendio devastó su decoración y ricas maderas en 1920 y se reabrió en 1926. Se hicieron cambios en la fachada y se introdujo una marquesina, transformando su antigua fisonomía. En la década del 1970 fue remodelado y se recuperaron elementos de la fachada original.



Plaza de Santa Ana o de Cándido González / Iglesia de Santa Ana

Calles General Gómez y callejón de las Niñas

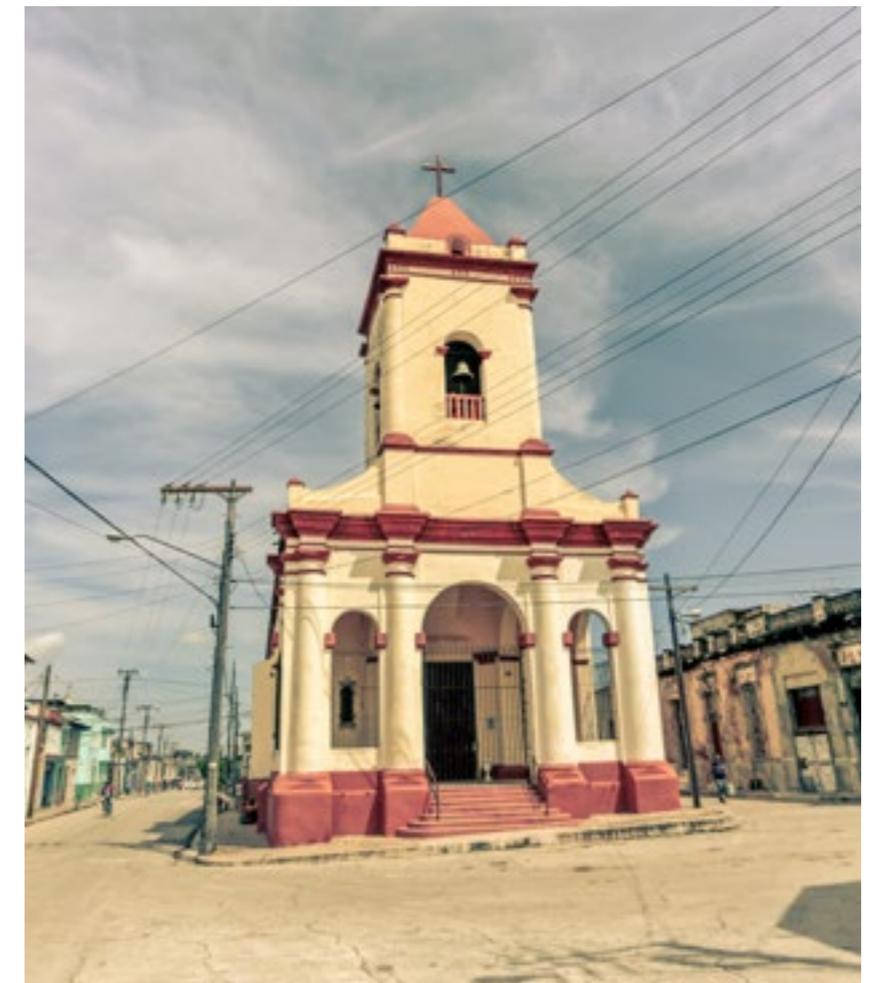
La devoción a Santa Ana se vinculaba en Cuba con ermitas colocadas a la salida de los pueblos, y así fue también en Camagüey. En 1697 se trasladó a este sitio la ermita de ese nombre, en la dirección del camino real que salía hacia La Habana y a las cuatro villas del centro y, como es costumbre, se generó en su frente un pequeño espacio, más bien un crecimiento de la calle, que llegó a ser una de las vías más importantes de la antigua villa, conocida como calle del calvario, en alusión al vía crucis que terminaba en la plazuela después de recorrer casi un kilómetro y medio desde la iglesia de los franciscanos.

Se encontraba retirada hacia el oeste y apartada de la población, igual que otras iglesias de su tipo como la del Cristo del Buen Viaje, y las ermitas del leprosorio y del hospital de mujeres, colocada en similar dirección, estas últimas por razones de higiene y marginalidad social. Aún en las primeras décadas del siglo XIX el Ayuntamiento insistía en la necesidad de construir en los solares vacíos de sus alrededores. Hoy su entorno se encuentra muy descalificado, con edificios que han desaparecido e inserciones arquitectónicas inadecuadas. Lleva el nombre de quien desarrolló su quehacer revolucionario en este entorno, el mártir Cándido González Morales, fundador del Movimiento 26 de Julio en Camagüey, expedicionario del Granma, caído en combate en diciembre de 1956.

La iglesia es un edificio que despierta gran interés, pues mantiene la huella del paso del tiempo en su estructura física de una manera muy perceptible y aleccionadora. En 1756 el obispo de Cuba Morell de Santa Cruz la describió como de una sola nave y techo de madera y teja, una armadura de artesón y carpintería tradicional, que aún puede ser identificada en el comienzo de la nave por su antigua lacería entre los tirantes, elemento decorativo de estilo mudéjar. En 1820 fue ampliada la nave hacia el fondo y la carpintería muestra la continuidad

de la armadura, pero con un trabajo decorativo distinto, de adornos calados en madera propio del gusto evolucionado de esos años.

Entre 1839 y 1841 se le adicionó una nueva fachada, con portal delantero y una la torre de un solo cuerpo al centro, un modelo común en la Isla, pero que se consideró como uno de los primeros intentos de plasmar un orden de columnas toscanas en la ciudad, aunque sean visibles algunos rasgos barrocos. Por último, entre 1914 y 1935, maestros de obra catalanes la repararon y recubrieron sus muros con pinturas.



Plaza del Carmen / Iglesia y Convento de Nuestra Señora del Carmen / Restaurante El Ovejito y Casa del Artesano

Conformada por el ensanchamiento de la calle Hermanos Agüero y su intersección con Marín Varona / Hermanos Agüero 282, entre Carmen y plazuela de Bedoya.

La plaza resulta interesante por disponer del espacio en progresión escalonada hasta abarcar la perspectiva del conjunto de la iglesia y convento del Carmen, de modo que el peatón va experimentando una dilatación sucesiva hasta culminar en la entrada del templo. Su apertura se debió a la iniciativa del regidor José Nicolás Montejo que solicitó al cabildo en 1825 demoler tres casas para «formar una plaza para el mayor decoro, comodidad y desahogo de la Iglesia del Carmen que se está construyendo». El lugar se conocía como Pozo de Gracia, por existir en él un pozo de agua muy fértil del que se servían los pobladores. Luego de abierta fue denominado Plaza del Carmen o Calle del Paso.



monumentalidad interna que no posee, pues es un templo de una sola nave y moderadas proporciones. Posee torres gemelas, caso excepcional en la ciudad, y ambas equilibran un diseño muy simétrico donde se integran las pilastras, entablamentos y cuatro óculos, remates, con gran uniformidad y sin resalte; un arco mixtilíneo en la entrada principal, motivo poco usual en iglesias, concentra la atención en ese punto. La cubierta era muy similar a la del templo del hospital de San Lázaro, se extendía sobre el cuerpo de la iglesia interceptándose con una cúpula, como ambas se derrumbaron entre 1964 y 1992 y se han simulado con una losa de hormigón nervada.

Al igual que la plaza del hospital San Juan de Dios, predomina en su entorno un ambiente de arquitectura colonial bien conservado, gracias a su carácter residencial y su relativa lejanía del centro de la ciudad que evitó profundas transformaciones en los inmuebles. Al observar las características de las viviendas de una y otra plaza se aprecia que mantienen las soluciones constructivas tradicionales desde el siglo XVIII, con los mismos componentes formales, funcionales y técnicos, pero con un lenguaje más simple, producto de las condiciones de vida más modestas de los que se asentaron en el barrio. La arquitectura que delimita la plaza corresponde a la primera mitad del siglo XIX.

En 1723 Doña Eusebia Ciriaca Varona y de la Torre y su esposo el capitán de milicias Don Jacinto Manuel Hidalgo y Agramonte, solicitaron la merced de un terreno cercano a este sitio para levantar un hospital de mujeres. El proyecto, al igual que el del leproso, no avanzó con éxito y no pasó de ser una edificación

muy pobre que en 1759 se trató de renovar sin conseguirlo. En 1823 se logró colocar la primera piedra y dos años más tarde estaba construido, gracias a las donaciones de las familias ricas, las contribuciones del pueblo y la incansable labor del franciscano José de la Cruz Espí, el Padre Valencia, máximo impulsor de la obra y probablemente director y proyectista.

En 1829 el convento tenía dos claustros y había incorporado otra institución, el colegio de las monjas ursulinas, encargados de la educación de las niñas de élite. En 1867 fue inaugurado al fondo del hospital el Asilo de San Juan Nepomuceno, hoy muy transformado. Con ello quedó constituido el mayor conjunto de edificaciones religiosas de la época colonial en la ciudad.

La fachada de la iglesia fue completada en 1847, sin abandonar el proyecto inicial del Padre Valencia, como anunciaba un periódico de la época. Con sus tres puertas aparenta una

El cuerpo del convento consta de dos claustros altos, y tuvo diferentes usos en su trayectoria como cuartel, hotel, almacén y escuela, que provocaron transformaciones. En 1908 el arquitecto Francisco de Monteverde llevó a cabo una serie de ampliaciones y reedificaciones que introdujeron el estilo neogótico por vez primera en la ciudad, y una nueva fachada sustituyó la original, con ventanas y portadas de vanos apuntados, lucetas de colores, y un remate superior. Sin embargo, el primer claustro, contiguo a la iglesia, conserva el ambiente colonial con sus galerías de arcadas de medio punto que rodean el patio central. Actualmente radica en él la sede de la Oficina del Historiador de la Ciudad.

Como exponentes arquitectónicos valiosos se destacan en la Plaza dos viviendas contiguas, que datan del siglo XIX, convertidas en el restaurante El Ovejito y la Casa del Artesano. La última de ella posee una notable pieza de cerámica que hace honor a su actividad, un tinajón fechado en 1811.

Plaza del Cristo o del Padre Gonfaus / Iglesia del Santo Cristo del Buen Viaje / Cementerio General

Delimitada por calles Cristo, Bembeta, 20 de Mayo y Eugenio Sánchez

El espacio mayor y más regularmente diseñado después de la plaza mayor, hace frente a la ermita del Cristo del Buen Viaje, construida en una amplia parcela con licencia del cabildo concedida a Clemente Valdés de Arrieta en 1723, y cuya inauguración data de 1727. Esta adoración de Cristo se colocaba en los accesos a algunas poblaciones americanas y servía de acogida a los viajeros. Inicialmente la ermita estuvo alejada en un medio campestre, pero el Cementerio General fue inaugurado en 1814 a su lado, y se fue poblando un populoso barrio en sus alrededores, habitado sobre todo por negros libres; durante las primeras décadas del XIX allí funcionó una horca en la que murieron un grupo de negros esclavos sublevados. Convertida en parque, se levantó en ella en 1951 un monumento para rendir homenaje a la memoria de uno de los párrocos de la iglesia, Pablo Gregorio Gonfaus Palomares, quien alcanzó reconocimiento social por sus servicios humanitarios y su colaboración con los mambises durante la Guerra de Independencia.

En 1846 se construyó la torre de la iglesia, con tres cuerpos y con el remate piramidal de otras de la ciudad,



luego cambiado por una cúpula semiesférica en el siglo XX. A partir de 1856 fue ampliado el templo y ya entrado el siguiente siglo estaba dotado de vestíbulo, un coro alto, dos naves más y otras piezas. Las mejoras abarcaron su exterior en el que se observa la influencia de formas clásicas. El techo es de armadura con tirantes pareados de escasa decoración y cuadrales simples sin canes.

Junto a la iglesia se encuentra la puerta del Cementerio. La primera referencia que se tiene para la creación de un cementerio público en Puerto Príncipe data del 15 de octubre de 1790, cuando don José de Villavicencio Varona, síndico procurador general del Ayuntamiento, solicitó la utilización del de la iglesia del Santo Cristo

como un único cementerio para la población, solicitud que fue denegada entonces. Entre 1835 y 1886 se realizaron ampliaciones, debido a las numerosas muertes provocadas por epidemias y su área actual es de unas seis hectáreas.

Sin poseer la monumentalidad ni el valor artístico de otros, tiene forma y estilo singulares, por su planta atípica, y sobre todo por

los panteones adosados a las paredes o muros que arrancan de la portada antigua; se trata de lo que se ha dado en llamar capillas ciegas, que el pueblo bautizó con el nombre de «mogotes», y que en realidad no son más que panteones de cuatro frentes, cuyas fachadas se caracterizan por emplear preferiblemente frontón triangular, columnas y todas tienen un sello decorativo que las distingue, algunas lápidas con bajorrelieves y epitafios. Uno de los más famosos es el dedicado a [Dolores Rondon](#), basado en una historia de desdenes y amores imposibles, y que se ha convertido en uno de los emblemas camagüeyanos. A fines del XIX comenzó la construcción de capillas que mostraron los diferentes estilos arquitectónicos en boga, neogótico, art nouveau, art decó, etc.

Antiguo leprosario de San Lázaro / Escuela Provincial de Música José White

Carretera Central, entre Madame Curie y callejón de Santa Bárbara.

En el año 1734 el Cabildo de la Villa de Puerto Príncipe solicitó al obispo de Cuba, Juan Lazo de la Vega y Cancino, la construcción de una ermita y asilo para leproso bajo la advocación de San Lázaro. Hasta entonces los leproso eran recogidos en dos haciendas cercanas al río Tímina, una para blancos y otra para negros. En 1746 ya se había concluido un hospital de muy pobre factura junto al mismo río, tal como lo describía una década después el nuevo Obispo Morell. A pesar de su mal estado, disponía de un área de dos caballerías de tierra, unas 26 hectáreas, y en 1815 un fraile franciscano recién llegado a la población, José de la Cruz Espí, conocido como el Padre Valencia por su origen en esta región de España, se hizo cargo del mismo y de su reedificación movilizand donaciones y limosnas.

Valencia fue un fraile misionero, procedente del norte de México, con una dedicación extraordinaria a las obras de caridad. Llegado a Cuba en época de la riqueza azucarera y ubicado en Trinidad, conmovió esa ciudad para reedificar el templo del convento franciscano, del cual se conserva aún la torre, y allí le fue suspendida la licencia para predicar. Eran tiempos de ideas ilustradas reformistas en el terreno de la religión y de fortalecimiento del clero diocesano en detrimento de las órdenes mendicantes, y el fraile abandonó la ciudad no sin antes vaticinarle un fatal destino, para dirigirse a Camagüey, sitio de una larga tradición en cuanto a generoso benefactores, donde alcanzó una gran popularidad.



Para sostener el hospital el sacerdote no solo recogía limosnas y donativos, sino que en los terrenos anexos construyó un tejero, hizo un corral para aposentar ganados en tránsito y abrió una estancia de cultivos menores. En 1834 el sacerdote también construyó junto a él un hospicio dedicado a San Roque, otro santo católico asociado a las epidemias, que servía de albergue a los peregrinos que se dirigían desde todas partes de la Isla al Santuario de Nuestra Señora de La Caridad del Cobre, siguiendo el camino real a Santiago de Cuba. En 1860, unos veinte años después de su fallecimiento, en el patio del edificio apareció un aura albina, la cual fue capturada y exhibida como rareza para obtener dinero destinado a la atención hospitalaria, un hecho que generó la leyenda [El Aura Blanca](#), uno de los más famosos relatos locales, pues se considerada que el ave encarnaba el espíritu del venerado padre franciscano.

Al iniciarse el siglo siguiente, el hospital fue declarado Establecimiento Público y desde entonces funcionaría como “Asilo Nuestra Señora del Carmen”, para la atención de los ancianos. La fachada del hospital presenta una hermosa galería de orden dórico toscano, y la de la iglesia, en cambio, está recargada de rústicas molduras superpuestas, en las que aparecen arcos carpaneles y conopiales, óculos, nichos, cornisas y frontón, integrando una composición muy poco clásica. Su estructura, el tipo de cubierta interior y el volumen compacto del edificio ofrecen una imagen de rusticidad que puede ser asociada a las experiencias del padre Valencia en la Alta California, a semejanza del llamado estilo misiones.

La hospedería de San Roque no se quedó atrás en cuanto a su extraordinaria decoración, aunque en menor escala. Tiene a su frente una galería de arcos de medio punto abiertas hacia un jardín, pero el elemento más extraordinario fue la portada llamada Puerta del Paraíso, hoy desaparecida, que consistía en un marco de ladrillo con abundantes molduras barrocas diseñadas con una libre fantasía, que mostraba la inspiración y participación personal del fraile en sus obras. En la actualidad en el conjunto funciona la Escuela Provincial de Música, y el templo se mantiene como iglesia con un altar mayor donde se deja ver una antigua pintura mural del Lázaro de la parábola cristiana, y no del Obispo del mismo nombre como sucede en otras iglesias.

Puentes de la Caridad / Casa del Siglo XVIII

Río Hatibonico / Enrique Villuendas 2, plazuela del Puente

Situada la villa entre dos ríos atravesados por camino real de la Isla, los puentes o pasos sobre ellos sin duda fueron puntos de referencias importantes para marcar la dirección de las calles principales. Hacia el paso del río Hatibonico convergieron algunas de ellas creando un efecto de embudo y desembocando en una plazuela llamada del puente, donde aún existe una vivienda de dos plantas del siglo XVIII muy deteriorada, pero que posee una ubicación privilegiada y muy visible, y una antigüedad que anuncia la arquitectura típica de la ciudad desde su acceso. La composición de su fachada resulta atractiva por el uso de vanos con arcos conopiales y carpaneles, además de los balcones aislados y un largo alero de tornapunta que la remata. La cubierta superior es una armadura de par e hilera a cuatro faldones. En las primeras décadas del XIX sirvió de alojamiento a la guarnición del

Paso Real del Río, razón por lo que se le conoció como casa del Vivac, nombre que también se dio a la plazuela aledaña. A partir de 1920 el comerciante Ángel Martínez destinó este inmueble al uso de hotel y café, llamado El Sol de Cuba.

El puente sobre el río Hatibonico era la salida principal hacia el oriente de la Isla y su fábrica de madera, que databa al menos de 1729, había sido destruida en varias ocasiones por las crecidas del río. En 1764 comenzó a construirse de mampostería y se terminó la obra en diciembre de 1776. Su longitud o luz es de 96 varas (81.6 m) y entre 12 y 15 varas de ancho (10.2 y 12.75 m) y se sostiene sobre cuatro sólidos arcos resistentes al paso del tiempo y al gran caudal de aguas que pasa por él en épocas de lluvia, de tal forma que ostentan el récord de ser el más antiguo conservado y en



uso de Cuba. En las primeras décadas del XIX se solicitó al Ayuntamiento la construcción de un sistema de iluminación de aceite de encendido rudimentario para el puente. En el período republicano se hicieron mejoras que incluyeron pavimentación, aceras y la colocación de luminarias eléctricas, algunas de las cuales han perdurado hasta nuestros días.



Antiguo Instituto de Segunda Enseñanza, hoy Escuela Secundaria Básica Álvaro Morell / Escuela Politécnica Cándido González Morales

Rotonda del Casino / Calle Dolores Betancourt, esquina a María del Rosario

En los terrenos destinados desde el siglo XIX a Campo de Marte y Casino Campeste, comenzó a edificarse en 1919 esta majestuosa obra de arquitectura, inaugurada el 10 de octubre de 1928, como principal centro docente de Segunda Enseñanza en Camagüey. El imponente edificio representó en la ciudad lo mejor del lenguaje clásico dentro del periodo, muy empleado para bancos y otros edificios públicos en todo el país. Realzan la entrada ocho gruesas columnas de orden toscano y una escalinata que conduce al portal del inmueble. Entre sus locales se distinguen el Aula Magna y la Biblioteca. Su gran extensión, volumetría y monumentalidad hacen de él

una obra de gran connotación. Por sus aulas pasaron valiosas personalidades de la historia y la cultura de Camagüey.

Muy cerca de la Plaza de la Caridad se levantó a inicios del siglo XX otra edificación docente similar por su tamaño (dos plantas) y extensión, la Escuela de Artes y Oficios, construida por el maestro de obras Jaime Cruanyas Feliú en un estilo neogótico recreado en forma libre que se avenía simbólicamente con la finalidad de una escuela dedicada a la formación técnica y artesanal de los oficios urbanos, como otras de su tipo en la Isla.

Plaza de la Caridad o de la Libertad / Iglesia de Nuestra Señora de la Caridad Del Cobre

Manzana comprendida entre la avenida de la Libertad y las calles Sociedad Patriótica, Coronel Bringas y Cuba

En el siglo XVIII la villa de Camagüey se amplió fuera de los límites establecidos y comenzó a invadir el ejido, situado más allá de sus ríos. En dirección al oeste apareció el leproso, alejado por obvias razones de salud, pero hacia el extremo este, se llevó a cabo un proyecto urbano que despertó interés por la regularidad de su trazado, como si la ciudad se hubiera distanciado de su antiguo desorden y a su vez quiso dar una muestra de ser “un pueblo verdaderamente devoto”, según lo calificaba entonces el Obispo Morell.

El matrimonio de Carlos Bringas de la Torre y Juana de Varona Barrera edificó a su costa en 1734 una ermita a Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, situada a unas trescientas varas del puente de Hatibonico y unidos ambos por una calzada. Este tipo de vía ancha y recta que mejoraba y rectificaba un viejo camino rural, había aparecido poco antes por fuera de las murallas habaneras, trazada por necesidad militar, pero en Camagüey revestía un carácter de vía sacra, pues conducía a una plaza rectangular que contenía en su centro el templo dedicado a la virgen y a diferencia de otras plazas contemporáneas del núcleo antiguo de la ciudad, como la de San Juan de Dios o la del Santo Cristo, por nombrar las de mayor capacidad, sobresalía por sus proporciones regulares, así como la calzada lo hacía por su anchura, aunque ambas no se encontraban en ángulo recto.



Se desconoce si alguna reglamentación pudo haber acompañado el trazado del arrabal, pero es razonable pensar que la disposición de terrenos no ocupados podía promover desde el inicio un orden urbano, además de la trascendencia que le otorgaron los fundadores a su templo, el primero abierto fuera del santuario del Cobre para la que sería patrona de Cuba y que fue inaugurado con músicos de la Capilla de la Catedral de Cuba, ejecutando piezas con instrumentos de cuerda, viento y percusión, la primera manifestación musical documentada en la ciudad. En el costado de la plaza hacia la avenida construyeron una casa de alto para sus descendientes que debían servir de capellanes. La iglesia estuvo desde temprano dotada de portales y jardines, y fue declarada sitio de feria en la fecha de su patrona. Contaba entre los objetos de culto con un

sagrario y sus gradas forradas de láminas de plata que aún forman parte del moderno altar, y una custodia que estaba considerada la mejor de la Isla. La imagen de la virgen era una copia de la original existente en el Cobre y estaba adornada con alhajas y piezas de oro. La iglesia fue reconstruida entre 1933 y 1935 en estilo neorrománico y de su estructura antigua conservó la cúpula sobre el presbiterio y la sacristía con cuartos altos.

Hacia 1757 el barrio contaba con 180 casas de gentes pobres, pero casi un siglo más tarde se había convertido en un sitio de atracción para las familias acomodadas, las

casas alrededor de la vía y de la plaza fueron unificadas entre sí por el uso del portal corrido, y en 1843 la calzada de la Caridad se transformó en un paseo arbolado con parterres para peatones al centro sembrados de flores. El 30 de noviembre de 1898 hizo su entrada en la ciudad por esta calzada el ejército libertador, a lo que debe su nombre de Avenida de la Libertad. En las dos primeras décadas en el siglo XX se construyen en la avenida algunas de las casas más estimables de la ciudad, como las ocupadas hoy por el Palacio de los Matrimonios, el Fondo Cubano de Bienes Culturales, la Delegación Provincial del Ministerio de Cultura, con una corrección académica en el uso de los órdenes y en la decoración aplicada, que en nada desmerecen de otras viviendas notables de ese período arquitectónico historicista y ecléctico.

Casino campestre / Plaza de la Revolución

Carretera Central Este

El 1841 el cabildo dispuso la apertura de un campo de Marte en los territorios del antiguo ejido cercanos al río Hatibonico. La utilización de este nuevo espacio dedicado a los ejercicios militares, en momentos en que se planeaban nuevos cuarteles en la ciudad, no perduró mucho tiempo, pero dejó disponible una reserva de espacios verdes en esa localización que tendría una explotación perdurable. En ellos se instaló en 1860 el Casino Campestre, un espacio libre para las exposiciones ganaderas y agrícolas surgido como una de las pocas iniciativas llevadas a cabo del amplio plan de modernización urbana que trató de impulsar el brigadier Rafael Primo de Rivera, teniente gobernador. La institución se proponía mejorar las razas ganaderas siguiendo el ejemplo de las haciendas inglesas de ganado vacuno.

Luego el Casino se convertiría, más que en un sitio de exposición, en un parque urbano, con carácter natural y recreativo, único de su tipo entonces en Cuba. En el lugar se mantienen valiosas especies de la flora cubana, entre ellas una ceiba sembrada el 20 mayo de 1902 en honor al nacimiento de la república y un pequeño zoológico. De la contribución de dos maestros catalanes se conserva una glorieta realizada por Claudio Muns Piqué en 1920 y una gruta rústica, de 1919, de Antonio Moya, que guarda gran similitud con los elementos pétreos de Gaudí en el parque Güell de Barcelona. En una de sus parcelas fue construido un parque de recreación infantil en 1925. En su parcela central se colocaron valiosas estatuas, entre ellas la de Salvador Cisneros Betancourt, inaugurada en 1928 en ocasión del centenario del natalicio y el monumento al Libertador Desconocido, en 1929. En 1916 fue nombrado Parque Gonzalo de Quesada y se inauguró un busto dedicado a ese patriota cubano, hijo de padres camagüeyanos, auxiliar de José Martí e intransigente antimperialista. Muy próximo y formando parte del área verde general de esa zona, se encuentra un monumento que recuerda

el vuelo Sevilla-Camagüey, realizado en 1933 por Barberán y Collar a bordo de la nave Cuatro Vientos. Esta magnífica área verde de la ciudad, esta surcada por un arroyo que lleva el nombre de Juan de Toro, quien fuera uno de los fundadores de la villa de Santa María del Puerto del Príncipe

A continuación del Casino Campestre se encuentra el mayor espacio urbano de Camagüey, la Plaza de la Revolución, abierta en 1989 para las concentraciones políticas, desfiles militares y conmemoraciones nacionales, una obra urbanística de los arquitectos Alexis Souto Amador y Roberto Balmaseda Céspedes, cuyo conjunto aún no está concluido, pues solo se han terminado dos edificios de viviendas, uno de 18 plantas y otro de 26, que le dan una gran escala. El espacio de la plaza está presidido por un majestuoso grupo escultórico realizado por los artistas Reinaldo Miranda Villadamigo, Herminio Escalona y Roberto Estrada Alonso, en el que la figura principal es el insigne patriota camagüeyano Ignacio Agramonte y Loynaz, junto a relieves que representan acontecimientos importantes de la historia de Camagüey. La base del monumento incluye locales especiales para las actividades de protocolo, históricas, culturales, destacando el Salón Nicolás Guillén.



Antiguo Cuartel de Caballería, hoy Museo Provincial Ignacio Agramonte

*Avenida de los Mártires, entre Francisco Agüero
e Ignacio Sánchez*

Una monumental fachada que data de 1955, diseñada en estilo clásico moderno por el arquitecto Raúl Otero, ocultó la estructura de un interior más antiguo, con un patio rodeado de galerías con arcadas de medio punto, techos de armadura, rejas para guarnecer los vanos, pisos de losas de barro, e incluso, los típicos tinajones, cañones de la época, fuentes y una exuberante vegetación, que fue en su día el Cuartel de Caballería del ejército colonial español, terminado en 1849 a un costo de sesenta mil pesos.

Preservando el atractivo de un diseño colonial, la sagacidad del director de la empresa ferrocarrilera, Van Horne, lo convirtió en un gran hotel a inicios del siglo XX, servicio necesario al tráfico de pasajeros, y el primer intento logrado en el país por reproducir un ambiente neocolonial. En su momento el Hotel Camagüey fue el más importante de la ciudad, donde se alojaron importantes personalidades, incluidos Barberán y Collar, los protagonistas del histórico vuelo que unió Sevilla y Camagüey en 1933. Con el paso del tiempo el inmueble adquirió una función cultural al acoger al Museo Provincial Ignacio Agramonte Loynaz, que contiene la segunda colección de pintura cubana en importancia del país, con obras desde la época colonial hasta la contemporaneidad, y una sala de artes decorativas que atesora valiosos muebles y objetos históricos. Muy cerca del edificio han sido recuperados en una sola unidad dos hoteles de la época, el Plaza y el Europa, abiertos a causa del auge desatado en el hospedaje por el paso del ferrocarril en las primeras décadas del siglo pasado.

Barrio de la Vigía. Casa modernista / Estación de viajeros de Camagüey / Edificio de oficinas de los ferrocarriles

Avenida Finlay 41, esquina a calle Cuarta / Calle Mario Aróstegui (Van Horne), entre República y Avellaneda



y talleres de las oficinas de la Compañía de Ferrocarriles Centrales, y como respuesta el barrio de la Vigía, planificado bajo regulaciones urbanas municipales en base a una cuadrícula de 90 x 90 metros, donde las vías se amplían y se complementan con parterres arbolados. Predominan las viviendas, que en su mayoría se yuxtaponen respetando aún la medianería y la alineación de las fachadas en las aceras, como tradicionalmente se hacía en el núcleo antiguo de la ciudad, pero revestidas de un nuevo lenguaje decorativo. En algunas zonas aparece el portal privado con jardín delantero y en su calle principal, la avenida de Los Mártires, se repite el esquema de la avenida de La Caridad, con portales públicos continuos.

El norte de la ciudad de Camagüey estuvo delimitado desde mediados del siglo XIX por las líneas y estaciones del ferrocarril y también por la construcción de dos cuarteles y la cárcel, lo que le atribuyó una importancia estratégica. La urbanización de estos terrenos comenzó a inicios del siglo siguiente como respuesta al rápido desarrollo ferroviario camagüeyano con las residencias de los empleados, oficinas

En ella podemos encontrar una gran variedad que nos lleva desde un edificio de apartamentos de 1915, decorado a la manera del modernismo catalán, con ocho cariátides en su galería superior, a otros edificios art decó y racionalistas. En 1921 el maestro catalán Antonio Moya, construyó una casa aislada entre jardines, única de su tipo en Cuba, pues imita a muy pequeña escala motivos del arquitecto catalán

Antonio Gaudí en Barcelona. Su fachada tiene un pretil ondulado revestido con fragmentos de azulejos policromos. Un minarete típico de la arquitectura morisca, y siete arcos rampantes que cierran el portal, complementan la expresión de la fachada.

Las edificaciones más sobresalientes del reparto se concentran en torno a las líneas. En primer término, la estación de viajeros de 1908, que junto a formas modernas adoptó algunos elementos de la arquitectura tradicional local. Sus dos niveles fueron ampliados en los años 1916, 1918 y 1924 con nuevos salones, dadas las necesidades crecientes de explotación del inmueble. En la actualidad, aunque no realiza la función para la cual fue diseñado, conserva un alto por ciento de sus elementos tipológicos originales por lo que constituye un edificio de obligada referencia para quienes pretendan conocer la historia del ferrocarril en Cuba. Del mismo modo, la compañía construyó en 1925, con proyecto de los Arqs. Eduardo Albarrán Machín y Gregorio Bibal Iburruzqueta, el edificio de dos plantas y sótano que ocupa el centro de la manzana, por lo que a distancia ofrece una vista admirable. Su tratamiento monumental y moderno trasmite estabilidad, eficiencia y solidez y la monumentalidad de la fachada, realizada por pilastras y un pórtico de seis columnas. El diseño del inmueble se califica con los detalles de los pisos, la herrería, la carpintería y el mobiliario.



Antigua Cárcel, hoy Ministerio de la Construcción

Francisquito, entre Cárcel y Owen

La antigua cárcel de Puerto Príncipe fue construida en 1859 en terrenos cedidos por los accionistas de la primera empresa del ferrocarril, que unía Nuevitas y Puerto Príncipe, frente al amplio espacio donde hoy se encuentra el Parque Finlay, denominado entonces Plaza del Vapor. Sólida construcción que tiene una decoración discreta en su fachada. Su

composición forma un cuerpo cuadrado con un gran patio central. La obra fue realizada siguiendo el proyecto del Comandante de Ingenieros del Distrito, con la aprobación del capitán general de la Isla José Gutiérrez de la Concha. Mantuvo una larga duración como cárcel. Aquí guardaron prisión relevantes figuras de la historia nacional y local: el general mexicano José Inclán Risco, el coronel venezolano Cristóbal Mendoza Durán y el también coronel bayamés Oscar de Céspedes, hijo del Padre de la Patria, fusilado el 29 de mayo de 1870. En 1897, entre otras valerosas mujeres camagüeyanas, pasó por este penal la patriota Concepción (Concha) Agramonte Boza.



Quinta Simoni, Casa de la Mujer Camagüeyana

General Gómez (Santa Ana), esquina a Segunda

La quinta de recreo tuvo un ascenso en las costumbres de la ciudad de Camagüey durante la primera mitad del siglo, si tenemos en cuenta que en 1827 no pasaban de siete y apenas una docena de años más tarde ya se contaban veinte. En 1848 el Dr. José Ramón Simón Ricardo, padre de la patriota Amalia Simón Argilagos, levantó una elegante casa quinta en un terreno que había pertenecido a su familia cerca del río Tinima, la única mansión suburbana del XIX que se ha conservado con integridad en la ciudad. Su estilo es neoclásico. La fachada principal presenta en sus arcadas nueve medias pilastras de sección semicircular que sostienen el friso compuesto por metopas con símbolos no

identificados y triglifos en toda su longitud. No obstante, en el salón principal se destaca un precioso arco barroco colocado directamente frente a la entrada principal. La segunda planta desarrolla una espaciosa terraza. Alrededor de las galerías interiores de la casona se desarrolla un patio con un espacioso jardín que cuenta con una fuente y una glorieta.

Del mismo género fue el antiguo edificio de la Quinta de San Zenón de Buenos Aires, adquirida por Van Horne y modificada para su disfrute, donde abrió un jardín de plantas exóticas cerca del río Hatibonico (hoy radica en ella la Asamblea Provincial del Poder Popular).

Sede del ballet de Camagüey / Casas Art Déco

Carretera Central Este 331, entre calle Cuarta y Sociedad Patriótica / Carretera Central 108 y 108ª, entre Teniente Coronel Rodríguez y Capitán Rodríguez / Carretera Central Este 254, entre Coronel Bringas y Domingo Puente.



Durante las décadas cuarenta y cincuenta del siglo XX se desarrollan los repartos modernos camagüeyanos, nuevas áreas donde la burguesía local buscaba ubicar sus viviendas con todos los adelantos y comodidades de la época. Su estructura urbana se basaba en manzanas y calles de trama más regular y rectificadas que, aun cuando mantuvieran una continuidad con las preexistentes, presentaban fuertes contrastes en cuanto a las tipologías arquitectónicas. Las parcelas eran más espaciales y las casas se separaron unas de otras, desapareciendo la conformación tradicional en base a medianerías, y adoptaron el portal privado con jardín, garaje, además de más amplias las calles y aceras. La decoración académica fue cediendo el paso a motivos funcionales. Los mejores ejemplos de su tipo se encuentran hacia el este de la ciudad.

Entre ellos se destaca, por su distribución moderna, la vivienda de dos plantas rodeada de extensos jardines construida para Manuela Faxas entre 1936 y 1937 por el arquitecto Francisco Herrero Morató, edificación que utiliza

motivos de la carpintería constructiva camagüeyana en balcones y aleros. Ha sido adecuada para la sede del Ballet de Camagüey, y una fuente escultórica alusiva a la danza realizada por la gran escultora cubana, ya desaparecida, Rita Longa, adorna el patio. Contemporáneas a esta vivienda, muy cercanas a la anterior y con similar propósito de renovación, fueron edificadas dos casas de estilo art-decò, en los años de 1939 y 1942, por los arquitectos Miguel Bretón y Claudio Muns Blanchart, respectivamente.



Casas racionalistas

Calle Argentina 17, entre Honduras y Guatemala, y Calle Chile 2, entre Carretera Central y Honduras.



Siguiendo la dirección de la carretera central, la arquitectura racionalista, en pleno desarrollo con sus combinaciones expresivas de volúmenes y líneas y su distribución interior orgánica, dejó dos muestras apreciables de las posibilidades alcanzadas en Camagüey con el empleo de nuevos materiales como el vidrio, el aluminio y las placas de hormigón armado en voladizo. El uso del jardín crea en ambas casas efectos visuales en combinación con los cuerpos construidos.



Casas racionalistas del reparto Vista Hermosa

Calle 3, esquina 10, y Calle 8 n° 144, entre 7 y 9



En el reparto Vista Hermosa, desarrollado en los años cincuenta del pasado siglo, otras dos viviendas sobresalen por el uso maduro y creativo del lenguaje formal racionalista en su conjunto. La casa de la Calle 3 esquina 10, del arquitecto Arq. Gonzalo López-Trigo Gabancho, enfatiza la expresión simétrica de la esquina donde está situada con un amplio portal cerrado con cristales, en el interior, su patio central repite el mismo motivo. Un efecto de simetría y horizontalidad domina la vista de la fachada. Otra vivienda racionalista del reparto, con un predominio muy expresivo de las líneas curvas en su diseño, interrelaciona planos horizontales inclinados y rectos con elementos verticales formados por muros y apoyos y un alero poco profundo que envuelve la ventana de la planta alta y da continuidad a la curvatura de la cubierta del portal. Para completar su complicado diseño, una verja con motivos ondulados delimita el jardín.

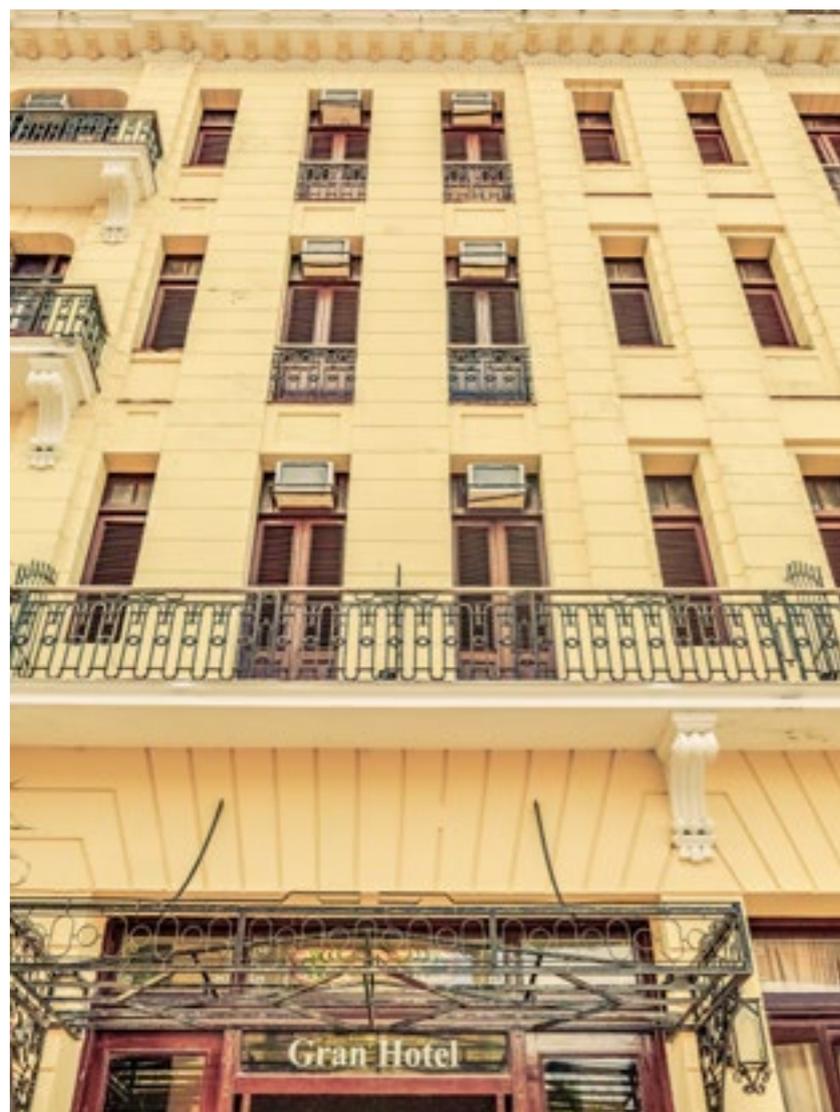


09

NUESTROS HOTELES-JOYA

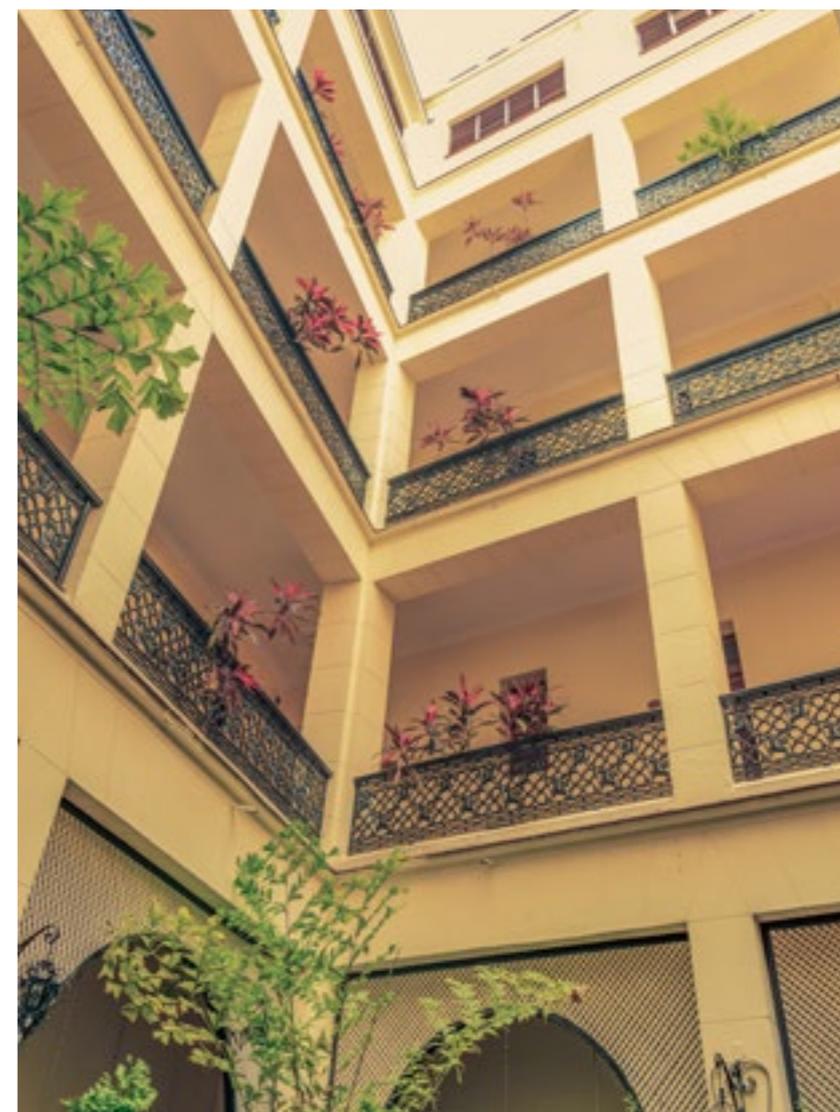
Gran Hotel

Maceo 67, entre Plaza de la Solidaridad y General Gómez



Entre la plaza Maceo y la de la Soledad, se encuentra el Gran Hotel, monumental edificio ecléctico de cinco plantas concebido en los primeros años del siglo XX, y que fue la más alta y moderna de las construcciones de la ciudad en su momento. Su fachada simétrica enfatiza el centro del volumen con balcones individuales de hierro que sobresalen en el tercer y cuarto nivel, y desde su inauguración, en 1938, fue una de las edificaciones patrimoniales emblemáticas de esta villa cubana, formando parte de la historia local al igual que sus calles, iglesias, monumentos, plazas, plazuelas y callejones de caprichos trazado. En su interior se combinan trabajos en madera con una sutil decoración, y en su historia figuran nombres ilustres como el del pianista Artur Rubinstein, los artistas mexicanos Mario Moreno Reyes, Cantinflas, y Jorge Negrete, las cantantes Rita Montaner y Libertad Lamarque, o el célebre mafioso norteamericano Charles Lucky.

Considerado como el mejor hotel de la ciudad por su céntrica ubicación, con anterioridad el espacio estuvo ocupado por una vivienda colonial, hasta su adquisición por Almira en 1928, quien ideó la construcción de un moderno hotel en una de las calles más céntricas y concurridas de la ciudad. Para ello, primeramente, contrató al arquitecto Claudio Muns Blanchart y, posteriormente, a Gonzalo López Trigo Gabancho, dos de los más experimentados profesionales



en la construcción en la ciudad. Después de concluirse la primera etapa constructiva, en enero de 1930, la planta baja fue arrendada a la compañía musical Universal Music Co. para servir de depósito de pianos, radios e instrumentos musicales, propiedad del comerciante italiano Blas Schettino Silvera. La construcción del cuarto nivel finalizó el 11 de abril de 1938 y poco después fue totalmente concluido el quinto piso o comedor central, todo realizado entre grandes vanos de madera y cristalería y persianería para el aprovechamiento de la luz natural así como de las visuales exteriores, desde donde podía obtenerse una imagen bastante completa del plano de la ciudad. El edificio contaba con una superficie construida de 750. 4669 metros, lo que lo hacía la mayor edificación del entorno.



En 1953 se realizaron nuevas obras que comprendieron, en lo fundamental, el techado y cierre de la sección norte del patio central para destinarlo a Marquesina, pieza articulada al bar mediante vanos interiores. En la otra sección del patio fueron colocadas sillas y mesas para degustar helados, cremas y té, y en el lobby le fueron añadidos los espejos que aún conserva así como los falsos techos, cenefas y otros detalles artísticos. Por su parte, la carpeta estaba realizada en madera



de caoba y cedro y rodeada de estantes donde se hallaban situados los libros de registros de huéspedes. A través de una de las puertas del lobby se accedía al bar, bien diseñado, con mostrador, freezer, espejos entre marquetería de caoba, entre otros detalles. Igualmente se permitía la comunicación al patio interior por medio de otra de las puertas del salón.

Al lado de la carpeta se hallaba el ascensor que conducía a los niveles superiores, fue el primer elevador de su tipo instalado en un hotel de la ciudad. Entre este y la carpeta se hallaba un pasillo que conducía al patio central rodeado por galería y columnas, según la primera etapa constructiva del edificio; también daba al beauty parlor, o salón de belleza con peluquería, así como a



la barbería, baños, lavandería y tintorería. En realidad, el diseño del mobiliario y decorado interior presentó cierto halo de sobriedad, sin ruptura total con el fuerte apego a las formalidades de la arquitectura local y a los matices de las tradiciones y costumbres lugareñas. Sobre su acceso principal a la calle fue colocada una marquesina metálica con grueso cristal que se integró, por su diseño, a elementos similares pero de mampostería construidos en las fachadas de algunas de las principales tiendas o establecimientos del comercio de la calle.

El Gran Hotel mantuvo la primacía de ser durante varias décadas El Mejor Hotel de Camagüey, con el mejor servicio, también la edificación de mayor altitud de la ciudad y de la provincia, hasta ser desplazado por el edificio El Lugareño, de doce plantas, construido en la calle Lugareño, inaugurado en marzo de 1956.

Hotel Colón

Calle República 472

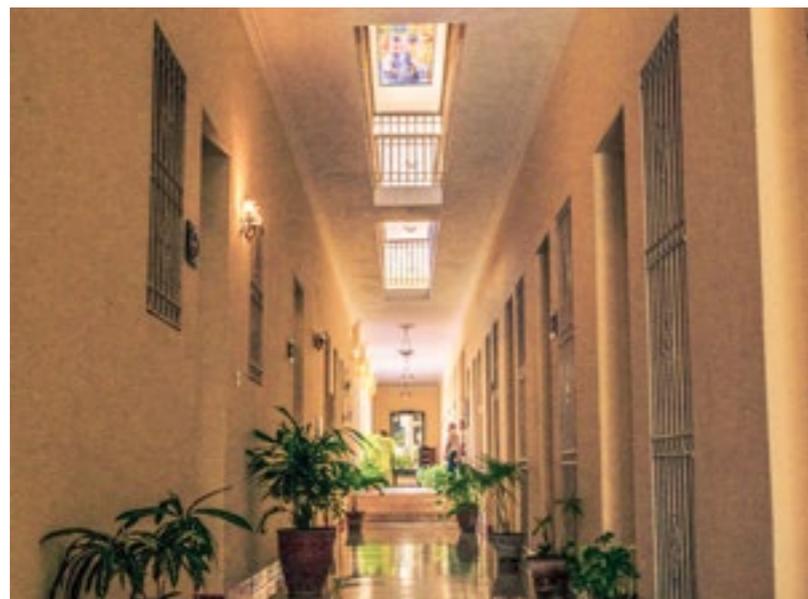


Partiendo de la plaza de la Soledad, en dirección al barrio de la Vigía y al ferrocarril, en la calle República 472, actual arteria comercial principal del Camagüey junto a la calle Maceo, se encuentra el hotel Colón, otra joya arquitectónica de la ciudad, construida en 1926, y que cuenta entre sus tesoros magníficos trabajos de carpintería en maderas preciosas, especialmente en la carpeta y el bar. Resalta

también su diseño y decoración, complementado con la inserción de elementos naturales y obras artísticas que reflejan la ruta seguida por Cristóbal Colón hasta su llegada y estancia en Cuba, al igual que personajes emblemáticos de la conquista de América, entre ellos Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Leonor López de Córdoba.



Situado cerca del Gran Hotel, dentro del singular Centro Histórico camagüeyano que desde 2005 fue declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, posee acogedores patios interiores y hermosos vitrales que lo distinguen y convierten en uno de los establecimientos hoteleros con más personalidad de la ciudad, tanto por su historia como por sus valores arquitectónicos.



Hotel Camagüey

Carretera Central Este 4 1/2



El hotel Camagüey está situado a tan solo 4 kilómetros del centro histórico de Camagüey. Inaugurado en 1976, fue uno de los primeros hoteles construidos después del triunfo de la revolución, de conjunto con otros seis, todos similares desde el punto de vista arquitectónico. En estos momentos Meliá lo rehabilita para convertirlo en un moderno y cómodo establecimiento de su marca INNSIDE. El hotel Camagüey se convertirá en un innovador hotel pensado para el viajero de hoy en día.



10

CURIOSIDADES Y LEYENDAS CAMAGÜEYANAS

LEYENDAS

Al igual que las leyendas de la fundación de Ermita de la Soledad, la del Santo Sepulcro, la de la inscripción del epitafio a Dolores Rondón en el cementerio general o la del aura blanca, Camagüey es rica en fábulas y mitos. Estos son algunos de los más famosos.

CAMAGÜEBEZ

Era Camagüebex (o Camagüey) el cacique de su pueblo. Acogió con franca y generosa hospitalidad a los extraños españoles. Él los trató cordialmente, por bondad; aquellos fingieron afabilidad con ambiciosas miras.

Finalmente, los extranjeros se portaron indignamente y le dieron muerte horrible y bárbara. Su cuerpo fue arrojado desde la alta cima del Tuabaquey, en la serranía que se divisa al norte del que fue su cacicazgo. Despedazado, quedó insepulto sobre la comarca que regó con su sangre.

Desde entonces, esa tierra tornóse roja en muchas leguas a la redonda. Y el alma del desventurado cacique venía todas las noches a la loma fatal, en forma de luz. Anunciaba a los descendientes de sus bárbaros asesinos la venganza del cielo, que tarde o temprano caería sobre ellos...

Pasó el tiempo y el lomerío comenzó a denominarse Sierra de Cubitas. Para algunos, Cubitas era nombre indígena. Para otros, había surgido de la comparación que los primeros colonos hicieron del paisaje de la cordillera con el panorama circundante de la ciudad

de Cuba (como se conocía a Santiago de Cuba en el pasado), llevado al diminutivo. Por ello muchos se referían a la zona como Cubita en singular.

Por allí cruzaba, desde el propio siglo XVI, el camino que desde Puerto Príncipe se dirigía a la costa. Tomaba por la Matanza, cruzaba Los Paredones y se dirigía a los embarcaderos del Jigüey y La Guanaja. Antes pasaba por el caserío de Cubitas, que después se llamó Cubitas Abajo, y otros nombraban como Concepción de la Ermita Vieja.

Los cubiteros veían aparecer la luz en aquel paraje. Y también, todos los viajeros que no evitaban la noche en el tránsito entre la villa y el caserío.

Desde que la aldea fue más visitada y adquirió importancia dejó de hablarse del fenómeno. Hubo un erudito local del siglo XIX que atribuyó la aparición sobrenatural a un fruto de la ignorancia. Y su desaparición, a que las quemazones anuales de los campos habían consumido las materias que producían el fuego fatuo...

EL TEMPLO DE LA MERCED

Se cuenta que donde está hoy la Plaza de los Trabajadores había hace siglos una laguna. Un día, a inicios del siglo XVII, comenzaron a oírse gritos y llantos entre los matorrales de la orilla. Junto a aquellos, se escuchaban crujidos de árboles que caían atacados a hachazos.

Los vecinos de la villa no osaban acercarse. Pasaron los días y se vio emerger entre los arbustos una iglesia blanquísima, y en la puerta un sacerdote con una cruz en la mano. Había surgido el templo de La Merced.

Pasó el tiempo, se secó la laguna y creció la villa. Era el siglo XVIII.

Un día se detuvo un maestro de obras. Iba hacia Santiago de Cuba a construir un templo. En sus acémilas traía planos y atuendos. En el Príncipe lo invitaron a que hiciera realidad su proyecto. El antiguo templo de La Merced, de embarrado y cal blanqueada, resultaba poco para los ya ricos y orgullosos vecinos.

No se sabe si a gusto u obligado, pero se quedó. En poco tiempo edificó un nuevo templo. Era tan hermoso que sacerdotes y vecinos homenajearon al arquitecto con un banquete.

Cuando la alegría estaba en su apogeo requirieron al alarife en la puerta de la iglesia. El buen hombre acudió al llamado. Jamás regresó...

Unos dijeron que se lo había tragado la tierra. Otros, que el diablo se lo había llevado para que no hiciera otro templo igual. Los terceros, que había sido emparedado por el diablo —la maldad— en contubernio con la tierra y la cal.

EL TEMPLO DE LA SOLEDAD

Estamos en los 1600... Rompen los albores de la madrugada. Puerto Príncipe aún dormía el sueño tranquilo de un pueblecito de tierra adentro. Por el camino que viene del Jigüey se acercan las carretas cargadas de cajas y fardos. Llueve. Hombres y bueyes luchan. Quedan profundas huellas en los caminos de fango y trabajo. Ya se ven las pocas casas y bohíos de la villa. Un poco más y ya se está en la Plaza Mayor.

Una carreta avanza pesadamente entre la lluvia, los rayos y los truenos. Está cargada hasta el tope. De pronto se detiene: halla una hondonada y se hunde hasta el eje. Los bueyes clavan sus pezuñas en el fango, la garrocha les muerde las carnes. ¡Y no se mueve!

Comienzan a descargarla del peso que la agobia, pero sigue sin moverse. De pronto bajan una caja y sucede lo ansiado: los bueyes logran sacar la carreta. ¿Qué pesaba tanto?

Abren la caja. Viene en ella una bella imagen de la Virgen de la Soledad. Caen de rodillas y rezan.

—¡Es que aquí quiere que le levantemos una ermita!— exclamó un carretero.

Y se levantó la ermita, que más tarde se convirtió en la iglesia.

EL SANTO SEPULCRO

Mucho se ha escrito acerca de los motivos que tuvo fray Manuel de la Virgen y Agüero para ordenar, a su costa, la construcción de esta joya de plata pura que guarda el templo camagüeyano de Nuestra Señora de la Merced. He aquí lo que la leyenda cuenta que ocurrió en los años 1700...

Manuel Agüero, rico hacendado, crio en su casa como a hijo propio al de una viuda que les servía. El mayor de los hijos de Agüero acogió fraternalmente al huérfano Moya, que así era su apellido. Y juntos fueron enviados a La Habana a estudiar leyes.

Allá, en la capital de la colonia, ambos amaron a la misma mujer. Un día el joven Agüero fue muerto en un duelo por su propio hermano de crianza, quien había enloquecido de celos. El fratricida, lleno de remordimientos, regresó al Príncipe de incógnito.

Una noche, Moya y su madre fueron a ver a don Manuel.

Fue hecha la revelación del crimen. Cuentan que el sufrido padre dio dinero y corcel a Moya para que se fuera lejos y nunca más lo encontrarán.

Don Manuel decidió ingresar en la Orden Mercedaria. Más tarde dotó al templo de una joya única en Cuba, y de las más valiosas de la América colonial hispana: el Santo Sepulcro. Se hizo venir de México al artífice Juan Benítez Alfonso. Se utilizó para la obra la plata obtenida al fundir más de 25 mil pesos en monedas de ese metal.

Desde 1762 —y por casi dos siglos— cada Viernes Santo, en la procesión del Santo Entierro, la impresionante belleza del Sepulcro llenó de recogimiento los corazones. Su majestuosidad, acentuada por el tintineo de sus innumerables campanillas, avivaba el siniestro recuerdo de un legendario crimen, al que se le confirió la virtud de llevar a un padre desgraciado a un grado extraordinario de santidad.

LA CRUZ DE SAL

Era la segunda década del siglo XIX. Unos pescadores se encontraron en una salina de Santiago de Cuba una cruz de sal. Admirados por tan curioso hallazgo la recogieron.

La cruz vino a parar a manos del príncipeño don Pedro de Alcántara Correoso y Usatorres, quien la donó al Padre Valencia. El venerado sacerdote colocó la cruz dentro de una urna de cristal en el extremo del altar mayor de la iglesia de San Lázaro. Allí la conocieron varias generaciones de camagüeyanos.

Pasaban los años y la cruz permanecía intacta ante la expectación de todos. Era dicho popular que el Padre Valencia había vaticinado que ocurrirían grandes acontecimientos cuando la cruz se deshiciera. Y la fantasía popular unía tremendas calamidades a la desaparición.

Un día la cruz se deshizo, pero no por ello el recuerdo desapareció.

EL EPITAFIO DE JOAQUÍN DE AGÜERO

Joaquín de Agüero había sido fusilado. Era imposible en aquellos tiempos de persecución y zozobra, honrar la memoria de los que habían señalado el camino del honor y el deber.

Pero como nada es imposible para los que verdaderamente aman, el amor de un patriota anónimo buscó los medios de manifestar en alguna forma la gratitud de todo el pueblo.

A partir de ese año de 1851, cada Día de los Fieles Difuntos aparecía colocada sobre la bóveda que guarda los restos del patriota una cartulina en la que se leía este quinteto:

*Víctima infausta de un amor sincero
sentido por el hombre y por la gloria
yace aquí el adalid Joaquín de Agüero;
su nombre guarda la cubana historia,
su muerte llora el Camagüey entero.*

Con motivo de la aparición de este epitafio, conocido después popularmente como “la quintilla de Joaquín de Agüero”, el ejército realizó muchas investigaciones sin poder conocer al autor de la poesía.

Pero lo cierto fue que desde aquella fatídica fecha, y hasta 1868, cada año, el 2 de noviembre, aparecía sobre la bóveda la popular estrofa. Desde hace muchos años en la tumba hay una lápida con estos versos.

LAS CUATRO PALMAS

Era el 12 de agosto de 1851. Ya no se precisaba silencio. Habían cesado el redoble de los tambores y la descarga de fusilería que segara la vida, en la Sabana de Beatriz Méndez, a Joaquín de Agüero y tres de sus compañeros de armas. Ellos, junto a otros hombres, se habían declarado en rebeldía contra España el 4 de julio de 1851. Y habían firmado una Declaración de Independencia, la primera aprobada en los campos de Cuba libre, en San Francisco de Jucaral.

Las familias distinguidas cerraron sus casas en la ciudad y se retiraron a las fincas. Se suspendieron todas las fiestas sociales y privadas en señal de recogimiento. Y las mujeres se cortaron sus abundantes cabelleras en demostración de luto y protesta, luego de circular una cuarteta conminatoria :

*Aquella camagüeyana
que no se cortase el pelo,
no es digna que en nuestro suelo
la miremos como hermana.*

Era necesario perpetuar la memoria de los mártires... Dos años después, cuatro robustas palmas reales se erguían en la antigua Plaza de Armas. ¡Ya los mártires tenían su monumento!

Con el pretexto de embellecer la plaza, y con la venia del municipio, se habían traído y plantado las palmas en los cuatro cuarteles en que se dividía aquella.

La palma que estaba frente a la Sociedad Filarmónica, representaba a Joaquín de Agüero; la que estaba junto a la torre de la Parroquial Mayor, en recuerdo a Fernando de Zayas; la de la sacristía del templo, a Miguel Benavides; y la restante a Tomás Betancourt.

Al estallar la guerra en 1868, trascendió el simbolismo de las cuatro palmas y no faltaron los intentos de los integristas para derribarlas.

El visitante del actual Parque Agramonte verá junto a la estatua de Agramonte —y a la tarja que en la base de este monumento recuerda a Francisco (Frasquito) Agüero, primer mártir de nuestra independencia, ahorcado en 1826— cuatro palmas que hicieron exclamar a la insigne patriota Domitila García de Coronado: «[...] las palmas que se elevan enhiestas, y sus penachos parecen la cimera del casco de un gigante guerrero. ¡Árbol bello, símbolo del martirio, de la victoria [...]; que la nueva generación cubana a tu sombra libre y feliz eternamente sea!>>.

EL AURA BLANCA

En mayo de 1860 un ave blanca apareció entre la bandada de auras que sobrevolaban el hospital de San Lázaro y la Quinta Simoni. En junio, el ejemplar fue expuesto en la Casa de Gobierno. Su captor había sido el doctor José Ramón Simoni Ricardo, director honorífico del hospital. Empero, el pueblo creó una tradición inmortalizada por la Avellaneda:

Gozaba el religioso franciscano José de la Cruz Espí (1763 - 1838), el Padre Valencia, del cariño del pueblo principense: brindaba servicios, mediaba en disputas y aconsejaba. Un día decidió construir un lazareto y lo logró. Era el hospital el orgullo de la ciudad. Pero he aquí que murió, y llegó la escasez y el hambre para los míseros leprosos.

Cuentan que las auras tiñosas recorrían ya el abandonado huerto del hospital, en espera de los cuerpos de los famélicos enfermos. De repente apareció un ejemplar albino de la especie. El "aura blanca" se dejó coger mansamente, y hasta dicen que parecía querer acariciar las llagadas manos de sus captores.

Al día siguiente todo Puerto Príncipe comentaba que el alma del Padre Valencia, tantas veces invocadas en medio de los sufrimientos de los lazarinos, había bajado a ellos.

El interés general fue tal que se hizo una exposición pública del ave. Se puso precio a la entrada. Lo recaudado se destinó a aliviar las perentorias necesidades del hospital. Con igual propósito fue paseada por el país...

Para incrementar la recaudación, el "aura blanca" fue después rifada. Tuvo diversos propietarios y llegó a Matanzas. Allí se realizó el trabajo de taxidermia en 1864. Estuvo muchos años en el Museo de Historia Natural del Instituto Provincial de Segunda Enseñanza y luego en la librería "El Pensamiento". Hoy se puede ver en el Museo Provincial de la Atenas de Cuba, en el Palacio de Junco.

Este ejemplar albino de la especie *Cathartes aura* es uno de los exponentes más antiguos de Cuba. Menos antiguo, y sin el aura de la leyenda, hay otra aura blanca en el Museo Provincial de Camagüey.

DOLORES RONDÓN

Hay en el cementerio de la ciudad de Camagüey, en medio justo de una calle interior, un pequeño monumento. Fue erigido en 1933 por la alcaldía municipal sobre la base de una antigua tumba. En una placa de mármol aparecen los versos que varias generaciones de camagüeyanos han memorizado cual epitafio eterno:

*Aquí Dolores Rondón
finalizó su carrera.
Ven, Mortal, y considera
las grandezas cuales son:
el orgullo y presunción,
la opulencia y el poder,
todo llega a fenecer,
pues solo se inmortaliza
el mal que se economiza
y el bien que se puede hacer*

La poesía apareció hacia 1883. Estaba escrita con letras negras en una pequeña pieza de cedro pintada de blanco. Una estaca de madera dura la fijaba en la tierra de una tumba. Durante años, cada vez que la tablilla se deterioraba manos anónimas la restauraban. Así pasó medio siglo...

Dicen que fue Dolores Rondón una bella criolla, nacida hacia 1812. La amaba el joven barbero mulato Francisco Juan de Moya y Escobar, a quien ella despreciaba. La presumida Dolores se casó con un oficial del ejército español, enviudó, empobreció y enfermó de muerte, allá por 1863.

Junto a su lecho en el Hospital de Mujeres del Carmen fue Francisco el único y último amparo de aquella infeliz mujer. Y pudo haber sido él quien escribió la composición. Es la historia de un amor imposible, los desdenes de ella y las cualidades que él estimaba fueron sus defectos. Esta es la leyenda, inmortalizada en libros y hasta en piezas teatrales y, por consiguiente, enriquecida.

Los historiadores han encontrado la existencia real de una parda, María Dolores Aguilera, hija natural, por lo que también aparece como Dolores Rondón. Nació en 1811. Murió de tisis en 1863, soltera y sin descendencia. Fue enterrada de limosna.

EL SAN JUAN

Las tradicionales fiestas del San Juan comenzaron en Puerto Príncipe entre los años de 1725 y 1728. Guardaban una estrecha relación con el mes de junio, fecha en que los criadores de ganado traían a la ciudad sus reses gordas para las ventas anuales.

Con ellos venían los peones o vaqueros en sus briosos potros. Surgieron las carreras anuales. Las fiestas se extendieron, incluyendo el 24 de junio, día de San Juan, que en España y otros lugares se dedicaban a fiestas populares. Esto le dio el nombre.

Con los años se incorporaron nuevas modalidades. Jóvenes hermosas a caballo, carretas adornadas, enramadas en plazoletas, paseos de las bellas locales en carruajes y volantas fueron enriqueciendo la fiesta.

Los tiempos modernos incorporaron al San Juan camagüeyano los vehículos automotores, las carrozas, las comparsas y las congas.

De todas las ferias y fiestas que existieron, solo el San Juan ha sobrevivido al paso del tiempo. Fiesta nacida del alma del pueblo que, pese a los cambios que imponen los años, seguirá siempre en el corazón de los camagüeyanos.

LA SEMANA SANTA

Una de las procesiones tradicionales de la Semana Santa era la del Santo Entierro. En ella se conducía el Santo Sepulcro en hombros de 14 ó 16 fornidos cargadores.

Auxiliados de almohadillas pequeñas realizaban su conducción. Era típica por el especial y acompasado ritmo que empleaban. El movimiento de balanceo hacía tintinear las campanillas e imprimía algo especial a la ceremonia.

Con los años la procesión fue reduciendo su recorrido. En los últimos años en que salió, ésta se iniciaba a las 8 de la noche. Partía de La Merced y tomaba por la calle Estrada Palma (antes Soledad, hoy Mayor General Ignacio Agramonte) hasta Avellaneda. Seguido el Sepulcro por una imagen de la Virgen Dolorosa, se tomaba por Avellaneda hasta Luaces. Y por esta última calle hasta la Catedral.

El Domingo de Resurrección salía el Santo Sepulcro de la Catedral. En la parte superior iba la imagen del Resucitado, de pie y adornada de un valioso manto de púrpura y oro. Se encontraba con la Virgen de la Alegría en la esquina

de Cisneros y Martí. Allí se verificaba el saludo de Madre e Hijo, haciendo ambas figuras un ligero movimiento de inclinación. Juntas seguían hasta La Merced.

Desde el siglo XVIII se efectuaban otras procesiones religiosas que salían en recorrido por distintas áreas de la población. Una de ellas comprendía las plazas de San Francisco, La Soledad, La Merced, y la de Armas.

Era el recorrido denominado Via Crucis. En las fachadas de aquellas casas frente a las cuales la procesión hacía determinadas paradas en función de la liturgia se colocaban cruces. Ante ellas los creyentes oraban o hacían la señal de la cruz.

Existían las 14 paradas, situadas en casas particulares o iglesias. Hoy quedan dos. Una en el extremo derecho a la entrada del templo de Nuestra Señora de La Merced. Otra en la casa de Avellaneda y Martí, considerada Monumento Local.

EL PASO DE LESCA

El Paso de Lesca es uno de los desfiladeros que cortan transversalmente la Sierra de Cubitas. Por allí cruza el camino que comunica las planicies serpentinosas del norte de la ciudad de Camagüey con las llanuras costeras, pródigas en pastos, cañas y cítricos.

Estalló la guerra de 1868. Ante el alzamiento de los cubanos en Las Clavellinas (4 de noviembre) y sus primeras acciones, el ejército español envió a Puerto Príncipe una regular fuerza de infantería al mando del brigadier Juan de Lesca.

El 18 de febrero de 1869 desembarcó por La Guanaja la tropa española. Lesca avanzó por la Sierra de Cubitas para dirigirse hacia Puerto Príncipe, que se hallaba bloqueado desde principios de ese año por fuerzas insurrectas.

Apenas el grueso de la tropa española estuvo en el centro del Paso de Hinojosa, seleccionado en precaución de posibles emboscadas, los inesperados soldados cubanos abrieron fuego. El fiero combate duró horas. Solamente a costa de una gran cantidad de bajas de ambas partes, Lesca pudo organizar su columna y abrirse paso hacia la sabana.

Estaba el desfiladero bordeado de cuevas y furnias que hacían peligrosa la marcha. Para poder aligerar el avance, Lesca determinó hacer arrojar en estos boquetes a los soldados muertos y tal vez a los heridos de mayor gravedad.

Lesca pudo entrar en la ciudad, sin que ello representara cambios en la situación existente en cuanto a procurar alimentos para los bloqueados.

Luego el camino fue conocido como Paso de Lesca, nombre con el que ha llegado hasta nosotros.

Y cuenta la leyenda que muchos años después podían escucharse los gritos y quejas que en el centro del desfiladero, parecían proceder de debajo de la tierra. Los campesinos evitaban cruzar por allí de noche. Tampoco faltaron los que relataban haber visto una legión de seres demacrados corriendo o arrastrándose entre el retumbar de la fusilería.

—Son los soldados de Lesca —decían— que están enterrados en esas cuevas y que fueron abandonados por su jefe en el combate...

Ya entrado este siglo podían verse en el silencioso sendero o en las veredas junto al desfiladero, rústicas cruces dedicadas al eterno descanso de aquellos desventurados.

Luego el camino comenzó a ser construido. Las cuevas se rellenaron, sin que nadie se atreviera a comprobar si existían restos humanos. Las simas desaparecieron, como ha ido desapareciendo la leyenda.

CURIOSIDADES DEL CAMAGÜEY DE SIEMPRE

PIRATAS EN TIERRA ADENTRO

♦ El primero fue Jacques de Sores. En 1555 rondó por las haciendas de la costa norte, su destino final era La Habana. Robó quesos, reses, tasajo y mujeres. Las abandonó, ultrajadas, en Cayo Coco.

♦ El pirata inglés Henry Morgan asaltó y tomó Puerto Príncipe en 1668. En el primer libro de bautismos de blancos de la Parroquial Mayor, al principio, se escribió: *“Entró el enemigo inglés en esta villa y quemó los libros de bautismos hechos antes, el Jueves Santo al amanecer el 29 de marzo de 1668, y salió a 1º. de abril, mañana de la Resurrección del Señor, que se ha servido librarnos de semejante desdicha. Francisco Galcerán”*. Después de quemar parcialmente la villa, se llevó un rico botín.

♦ En 1679 fue asaltada nuevamente, en esta ocasión por el pirata francés “caballero” François de Granmont, quien se hacía llamar *Capitán Sonda*. Ocupó brevemente la villa he hizo prisioneras a 14 mujeres. Luego se retiró, atacado constantemente por los principieños y con gran pérdida de hombres. Al cabo de un mes se marchó de la costa. Había recibido un fuerte rescate por las cautivas, quienes fueron liberadas sin daño alguno

♦ El pirata Jean Lafitte, de origen francés, operó en el golfo de México y el Caribe. En febrero de 1823 fue capturado, herido por tropas españolas. Se fingió grave y fue traído a la Sala de Blancos del Hospital de San Juan de Dios. Se fugó luego, y dejó las muletas en la puerta...

CALLEJONES Y CALLEJONES

♦ El callejón más pequeño de Camagüey es el de la Miseria (Tula Oms), situado en la Plaza de Bedolla. Cuenta con 4 m de largo por 2 m de ancho. Enlaza la calle Martí (San Diego) con Hermanos Agüero (San Ignacio) en la parte donde ésta se dilata para formar la Plaza del Carmen.

♦ El más estrecho es el del Cura, entre las calles Cielo y San Luis Beltrán, con casi 80 cm de ancho, aunque en uno de sus extremos el de Funda del Catre casi alcanza esa cifra.

♦ Funda del Catre (oficialmente Ramón Ponte) se llamó antiguamente Callejón de la Poza del Mate, debido a que en su extremo, a orillas del río Hatibonico, existían esas plantas. El nombre popular se impuso a causa de su estrechez: era imposible que pasaran por allí dos caballos juntos o se cruzaran en sentido contrario. Es el más estrecho de la parte antigua de la ciudad.

♦ Pero no siempre *callejón* es aquí sinónimo de *callejuela* o *calleja*, puede ser *lindero*, *carril*, *vereda* o *camino carretero*. El Callejón del Ganado le da la vuelta a la ciudad, y el de Camujiro llega casi directamente a la costa sur.

DE LA CULTURA

♦ En Puerto Príncipe fue escrita, entre 1604 y 1608, la primera obra literaria cubana: Espejo de paciencia. Su autor : el canario Silvestre de Balboa-Troya y Quesada, escribano del Cabildo.

♦ El más antiguo cementerio que actualmente funciona en Cuba es el de Camagüey, abierto en 1814. Junto a sus valores monumentarios, están las tumbas de personalidades diversas.

♦ Entre las celebridades de la cultura nacional nacidos en Camagüey se encuentran: la Avellaneda, Nicolás Guillén, Mariano Brull, Emilio Ballagas, Enrique José Varona, Fidelio Ponce de León, Luis Casas Romero, José Marín Varona, Jorge González Allué, Felipe Pichardo Moya y otros.

♦ Los templos católicos de La Merced y La Soledad se encuentran entre las construcciones representativas del barroco cubano.

♦ La primera institución docente de la ciudad fue el Colegio (o Residencia) de los Jesuitas. Se estableció en 1757 y funcionó hasta 1767.

♦ El primer tramo del ferrocarril de Puerto Príncipe y Nuevititas se inauguró en 1846. Fue el segundo que se construyó en Cuba.

♦ El 5 de octubre de 1890 se iniciaron los servicios eléctricos en Camagüey. Fue la tercera localidad de Cuba en poseerlos, después de Cárdenas y La Habana.

♦ En 1924 se inauguró el Cementerio Israelita de Camagüey. En la provincia existió una numerosa comunidad hebrea.

♦ El Centro Universitario de Camagüey se creó en 1967. La Universidad de Camagüey fue la primera institución de su tipo creada por la Revolución, en 1975.

DE LA HISTORIA

♦ La sublevación príncipeña del 24 de agosto de 1729 es poco conocida. Hela aquí. Juan del Hoyo Solórzano, valiente y capaz marino, fue nombrado gobernador de Santiago de Cuba en reconocimiento a una actitud heroica. Por envidia, fue acusado de un falso delito de robo y ordenada su detención. Se refugió en Puerto Príncipe, donde se le recibió como gobernador que era. Sus perseguidores llegaron también, y el gobernador proclamó su inocencia ante los príncipeños. Los vecinos de la villa no solo le creyeron, sino que se enfrentaron a los soldados. Tras desigual lucha, el ejército penetró en el Ayuntamiento y capturó a los sublevados. Cuatro esclavos participantes fueron ahorcados. A los demás involucrados se les embargaron los bienes y fueron deportados a España. En 1733 fueron indultados los que aún vivían.

♦ Sir George Keppel, conde de Albemarle, asumió el título de Capitán General de la Isla de Cuba luego de la toma de La Habana por los ingleses. Con fecha 14 de agosto de 1762 dirigió una carta al Teniente Gobernador de Puerto Príncipe, para que rindiese la plaza y se sujetase a la capitulación. La respuesta de los vecinos fue:

“Tendrá Vuestra Excelencia por la más esforzada negativa el intento de rendirse esta villa a la subordinación de Vuestra Excelencia por no ser extensiva la jurisdicción que se dice haber ganado en virtud de la capitulación practicada, como categóricamente lo participan nuestros Jefes, aseverando quedar libre esta villa y las demás poblaciones: en cuyo supuesto ponemos en la inteligencia de Vuestra Excelencia estar estos vecinos con valeroso ánimo dispuestos a rendir primero sus vidas, que el vasallaje a otro Soberano que nuestro Católico Monarca”.

♦ Se organizaron por los alcaldes dos compañías de infantería para la defensa de la población y se

acopiaron bastimentos y material de guerra para oponerse en todo a la dominación inglesa. La villa estuvo en armas hasta el 6 de julio de 1763, cuando La Habana retornó a la dominación española.

♦ Puerto Príncipe fue la primera población de la isla que se apresuró a socorrer la capital con gente armada. Se enviaron 3 compañías de milicias, de cien hombres cada una, que atacaron las fortificaciones de La Cabaña al amanecer del 22 de julio de 1762. La mayor parte sucumbió. Rendida La Habana a los ingleses, apenas pudieron regresar a sus hogares unos cien expedicionarios.

♦ En 1817 se confirió a Puerto Príncipe el título de ciudad y el uso de escudo de armas.

♦ En 1822 se produjo la primera represión hispana. Al proclamarse en España “comicios libres”, por las calles de Puerto Príncipe se escucharon gritos de “¡Mueran los godos! ¡Viva la independencia!”. Un batallón dispersó a golpes de sable a la multitud indefensa en la Plaza de Santa Ana.

♦ Francisco de Agüero Velazco (1793 - 1826), Frasquito, es considerado el primer mártir de la independencia de Cuba. Fue ahorcado en la Plaza Mayor en 1826. Había sido delatada su presencia clandestina en la ciudad cuando buscaba apoyo para un plan de levantamiento con apoyo bolivariano. Era oficial del ejército de la Gran Colombia.

♦ El 4 de noviembre de 1868 se levantaron en armas los camagüeyanos, secundando el levantamiento del 10 de octubre. Se iniciaba la guerra de independencia.

♦ El 20 de julio de 1869, Ignacio Agramonte atacó la ciudad de Puerto Príncipe.

♦ El 10 de marzo de 1901 el pueblo camagüeyano se reunió en una concentración en que reclamaba la independencia absoluta, sin la Enmienda Platt.

♦ El 27 de noviembre de 1955, en el local de la Asociación de Estudiantes del Instituto de Segunda Enseñanza, fue develada —en plena dictadura batistiana— una foto de Abel Santamaría. En el acto habló Armando Hart. Fue la primera vez que en Cuba se honró públicamente a un héroe del Moncada.

♦ El 4 de enero de 1959 se produjo la entrada triunfal de Fidel Castro a la ciudad de Camagüey.

11

EL AJIACO Y LA CULTURA CUBANA

Símbolo de la cocina cubana por antonomasia, el ajiaco está constituido por todo lo que llamamos *viandas* (boniato, yuca, plátano, etc.), maíz y carnes (de vaca, cerdo, etc.), con mucho caldo, cargado de zumo de limón y ají. Su uso era casi general, mayormente en el centro y el oriente del país. Surgió como la mezcla del cocido español en su encuentro con las viandas cubanas. Para muchos, la comida criolla como tal cuaja en el momento en que al ajiaco se le dejó de echar garbanzos. Según los componentes y condimentación, existieron numerosos tipos de ajiaco. *Ganarse el ajiaco* era “ganarse la comida”. Actualmente el ajiaco criollo se conserva en algunas provincias, Camagüey es una de ellas. En otras ha sido objeto de sumas y restas. Las Tunas tiene su variante en la *caldosa*, hecha con gallina y no toda clase de tubérculos.

En un ensayo clásico (*Los factores humanos de la cubanidad*), el sabio cubano Fernando Ortiz comparaba la cultura cubana y su formación con un ajiaco, el guiso criollo más genuino, hecho de varias especies de legumbres y de trozos de carnes diversas. A lo largo de medio milenio, Cuba fue una cazuela abierta y en su interior se trabó una salsa espesa y sedimentada y con abundante aderezo. “Ese plato único primitivo de la cocina cavernaria consistía en una cazuela con agua hirviendo sobre el hogar, a la cual se le echaban las hortalizas, hierbas y raíces que la mujer cultivaba y tenía en su conuco según las estaciones, así como las carnes de toda clase de alimañas, cuadrúpedos, aves, reptiles, peces y mariscos que el hombre conseguía en sus correrías



predatorias por los montes y la costa”, aseguraba Ortiz. “A la cazuela iba todo lo comestible, las carnes sin limpiar y a veces ya en pudrición, las hortalizas sin pelar y a menudo con gusanos que les daban más sustancia. Todo se cocinaba junto y todo se sazónaba con fuertes dosis de ají, las cuales encubrían todos los sinsabores bajo el excitante supremo de su picor. De esa olla se sacaba cada vez lo que entonces se quería comer; lo sobrante allí quedaba para la comida venidera. Al día siguiente el ajiaco despertaba a una nueva cocción; se le añadía agua, se le echaban otras viandas y

animaluchos y se hervía de nuevo con más ají. Y así, día tras día, la cazuela sin limpiar, con su fondo lleno de sustancias”.

Cuba, una cazuela abierta, una olla puesta a cocer al fuego de los trópicos y batida por los huracanes donde se mezclaron las cuatro sangres, la india, la negra, la blanca y la amarilla, y sus supersticiones, sus costumbres, sus ritmos, sus tradiciones y leyendas, con sus héroes y traidores y sus universos cargados de mitos como el de la luz de Yara, que flota en el oriente cubano y que aún hoy los guajiros de Baracoa aseguran que es el mismísimo espíritu del cacique Hatuey que fue quemado en la hoguera por rebelarse contra los españoles y que de vez en cuando sale y se pasea por los campos. También en ese guiso están los singulares modos de concebir el tiempo y la realidad las cuatro razas, y sus miedos, y sus creencias profundas, y sus diferencias –pues entre los africanos había yorubas, mandingas, bantúes, carabalís, tan distintos entre ellos como un castellano de un andaluz-, y sus maneras de entender el mundo y de defenderse del poder, y su capacidad para fabular y convertir en mágica la imagen de un santo o la raíz de una ceiba, y todo ello a lo largo del tiempo fue fundiéndose y convirtiéndose en una sola raíz y una cultura, incluida la china, con su famosa lotería de la charada, originalmente de 36 números, que se asocian a diversas imágenes, pájaros, gatos, pavos reales, monjas, barcos, avispas, diamantes, monos y marineros, que no son otra cosa que mensajes y avisos del subconsciente que se producen en los sueños y que uno ha de aprender a descifrar.

12

LA CIUDAD DE LOS TINAJONES



Desde muy temprano el barro marcó Camagüey y sus construcciones: muros de ladrillos y techos de tejas, y en los patios sus tinajones. El tinajón es el símbolo camagüeyano por antonomasia. Constituye la representación lugareña más enraizada. Por ello, a Camagüey se le conoce en toda Cuba como la “ciudad de los tinajones”.

«No abundan los aljibes; el agua se recoge en hermosas tinajas [...], colocadas en los patios, por su gran cantidad contendrán 4 ó 6 de ellas la cantidad de agua de un aljibe». Así describió el habanero Antonio Bachiller y Morales los típicos tinajones camagüeyanos cuando en 1838 visitó la ciudad de Santa María del Puerto del Príncipe.

El tinajón camagüeyano tiene antecedentes en la vasija andaluza. Fue la solución con la que alfareros procedentes del sur de España —asentados tempranamente en Puerto

Príncipe— trocaron en almacenes de agua los recipientes antes empleados para guardar granos, vinos, aceites y otros líquidos.

Aunque los tinajones se elaboraron masivamente en la región a partir del siglo XVII, no son privativos de ella. Se hicieron también en otros lugares de Cuba —Trinidad y Sancti Spiritus—, las Antillas —Jamaica— e, inclusive, en la América del Sur —Chile y Perú—, donde se recogió la tradición alfarera de la civilización incaica.

Del barro rojo de la Sierra de Cubitas comenzaron a fabricarse los tinajones desde los años del 1600, según noticias, a pesar de que no hay hoy día ningún tinajón inscrito con fecha tan remota. La más antigua data de 1760. Su producción tuvo el mayor auge en las décadas centrales del siglo XIX. A partir de 1868, con el inicio de las tiendas independentistas, quedó casi cancelada. Se restableció sólo entre 1878 y 1895, para luego cesar por completo.

Todo hogar del Camagüey tenía al menos un tinajón. El agua contenida dentro las frescas paredes era empleada para beber y cocinar, y se hizo brindis acostumbrado a las visitas de propios y extraños. Y muchos de estos terminaban casándose aquí... Por ello antaño y aún hoy suele decirse, en noviazgos y bodas semejantes al galán:

—¡Ese tomó agua de tinajón!

En 1900 existían en la ciudad más de 16 mil tinajones. Hoy apenas quedan unos 2 500 de los originales. Muchos de los que hoy adornan jardines y parques fueron fabricados con

posterioridad a 1976, cuando se rescató esa tradición alfarera.

De uno a otro siglo los tinajones fueron variando la forma. En esencia siempre quedó un modelo clásico que ha llegado hasta nuestros días. El típico tinajón camagüeyano es aquel de voluminosa panza, líneas geométricas delimitadas y cresta destacada, o amigdaloides.

Distintas anécdotas lo sitúan como escondite propicio para donjuanes pueblerinos sorprendidos en pleno romance, en terreno ajeno... Se dice que en 1875 un soldado mambí visitaba a su hijo enfermo en la ciudad, cerca de la histórica Plaza de San Juan de Dios. Fue delatado y pudo salvarse de ser capturado por los guardias civiles españoles que lo buscaban, escondiéndose dentro de un voluminoso tinajón.



AGRADECIMIENTOS

Carlos Venegas Fornias,
investigador de historia urbana

José Rodríguez Barrera,
director de la Oficina del Historiador
de la Ciudad de Camagüey

Aymara Barrera Hernández,
directora de Patrimonio Oficina del Historiador
de la Ciudad de Camagüey

Yolanda López Hidalgo,
directora del Centro de Interpretación
del Patrimonio Camagüey

Personal Gran Hotel y Hotel Colón

MELIÁ HOTELS
INTERNATIONAL
CUBA

© Meliá Cuba 2018